

LA DIMENSIÓN CULTURAL
EN LA UNIÓN EUROPEA:
IMPULSORES Y EUROESCÉPTICOS

X

FORO HISPANO BRITÁNICO

LA DIMENSIÓN CULTURAL
EN LA UNIÓN EUROPEA:
IMPULSORES Y EUROESCÉPTICOS

M A D R I D

13 Y 14 DE NOVIEMBRE DE 2006



Fundación Hispano Británica

Esta monografía recoge las ponencias e intervenciones del X Foro Hispano Británico que, organizado por la Fundación Hispano Británica sobre el tema «La dimensión cultural en la Unión Europea: impulsores y euroescépticos», se celebró en Madrid los días 13 y 14 de noviembre de 2006 en la Representación en España de la Comisión Europea.

La Fundación Hispano Británica desea expresar su agradecimiento
a las siguientes instituciones y empresas



S U M A R I O

PRESENTACIÓN

D. Felipe de la Morena	9
------------------------	---

1ª SESIÓN · SESIÓN INAUGURAL

La identidad cultural en la Unión Europea	17
--	----

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Felipe de la Morena

INTERVENCIONES

D. José Luis González Vallvé	19
Sir John Elliott	21
D. Enrique Barón Crespo	29
Sir Stephen Wright	33

2ª SESIÓN

El momento actual de la narrativa en la Unión Europea	37
--	----

INTRODUCTOR Y MODERADOR

Mr. Tom Burns Marañón, OBE	39
----------------------------	----

INTERVENCIONES

D.ª Carmen Posadas	40
Marqués de Tamarón	44
Prof. Randall Stevenson	51
D.ª Julia Escobar	57

3ª SESIÓN

**Políticas culturales en la Unión Europea: programas actuales
e ideas para una acción futura** _____ 63

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Alfons Martinell Sempere _____ 65

INTERVENCIONES

Mr. Chris Hickey _____ 68

Dr. Jesús Prieto de Pedro _____ 73

D. Fernando Gómez Riesco _____ 80

4ª SESIÓN

**Industrias culturales en la Unión Europea:
prensa escrita y empresas editoras** _____ 87

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Carlos Alberdi _____ 89

INTERVENCIONES

Ms. Elizabeth Nash _____ 90

D. Andrés Ortega _____ 97

Mr. Giles Tremlett _____ 102

D. Santiago Alonso Paniagua _____ 109

SESIÓN DE CLAUSURA

D. Juan Durán-Loriga _____ 121

P R E S E N T A C I Ó N

D. Felipe de la Morena

EMBAJADOR DE ESPAÑA

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

Es para mí una gran satisfacción presentar esta monografía que contiene las intervenciones y ponencias del X Foro de la Fundación Hispano Británica, que se celebró en Madrid los días 13 y 14 de noviembre de 2006.

La primera consideración que debo hacer en esta presentación es destacar el hecho de que éste fuera ya el X de los Foros Hispano Británicos de nuestra Fundación.

La continuidad de su periodicidad anual y la importancia de las intervenciones y ponencias que se han presentado en estos Foros es algo que nos llena de satisfacción a quienes asumimos la responsabilidad de su dirección y nos anima a proseguir en nuestro empeño de acercamiento entre españoles y británicos, objetivo fundamental de la Fundación.

Ello ha sido posible gracias a la acogida que han tenido los Foros y a la relevancia y el interés demostrado por las personalidades que han participado en ellos. Y quiero destacar, en primer lugar, el apoyo que en todo momento hemos recibido de nuestra Presidenta de Honor, S.A.R. la Infanta Doña Margarita, y del Excmo. Sr. D. Carlos Zurita, Duques de Soria, que vienen presidiendo ininterrumpidamente sus sesiones. Nuestro agradecimiento es extensivo también a los sucesivos embajadores británicos en Madrid, presidentes honorarios de la Fundación, que siempre nos han honrado con su presencia y nos han prestado su decidida colaboración.

En el curso de estos años se han examinado y discutido en nuestros Foros temas de interés, que van desde cuestiones específicamente culturales, como la

incorporación de las Indias al mundo occidental en el siglo XVI del I Foro (en el que precisamente contamos también con la presencia de Sir John Elliott, que acudió de nuevo a este X Foro), la gestión del patrimonio histórico artístico, los museos públicos en el siglo XXI o la arquitectura, el espacio urbano y la calidad de vida, a otro tipo de cuestiones, como la crisis económica mundial, las posibilidades del desarrollo sostenible y el medio ambiente, los medios de comunicación o el desafío de las nuevas tecnologías. Asimismo, se han examinado fenómenos socio-culturales de nuestro tiempo, tales como el turismo o el problema de las migraciones, relacionando todos ellos con el papel que la cultura debe desempeñar ante estos hechos.

Han sido, por tanto, muy variados los temas abordados en los Foros Hispano Británicos, en los que han participado como ponentes más de doscientas personalidades del Reino Unido y de España, pertenecientes a los más diversos sectores: la política, la ciencia, la diplomacia, la universidad, la empresa o el periodismo. Por ello, al presentar este X Foro, deseo tener un especial recuerdo de agradecimiento para todas las ilustres personalidades que nos han honrado, participando en los Foros anteriores.

El tema escogido para este X Foro fue la dimensión cultural en la Unión Europea, añadiendo, al estudiar su problemática, una referencia a los dos grupos de opinión que existen en la Unión, los «impulsores» y los «euroescépticos», ya que ambos, unos con su trabajo y entusiasmo y los otros con su visión crítica, son representativos de la sociedad civil europea, que continúa viviendo el proceso de su integración.

Pues bien, en la Fundación Hispano Británica y precisamente ante el hecho de que el X Foro, cuyos textos ahora publicamos, se celebraba en un momento de crisis, motivado por el rechazo por Francia y Holanda del Tratado Constitucional, nos pareció que resultaba oportuno, alejándonos de las discusiones del momento —reparto de poder, materias a regular o proporciones del consenso—, romper el techo de esas discusiones y dirigir nuestro examen a aspectos que afectan a la esencia misma de la Unión, como son los principios culturales en que se asienta.

Se ha dicho que la historia de la integración europea es la historia de sus crisis sucesivas. Pero al término de cada una de estas crisis, la Unión Europea ha acabado siempre saliendo fortalecida. Decía el parlamentario europeo

don Íñigo Méndez de Vigo, con ocasión de un acto organizado por la Fundación, que la Unión se ha convertido en algo parecido al aire que respiramos, que tomamos por descontado, sin darnos cuenta de su existencia, pero que si no existiera, nuestra vida cotidiana sería muy distinta y, en todo caso, más incómoda y difícil. Y es que la sociedad asimila y hace suyos fácilmente los logros, lo ya conseguido y, a partir de ahí, surgen nuevas necesidades y exigencias.

Si actualmente, incluso los límites geográficos de Europa se contemplan con criterios de flexibilidad, es evidente que debemos insistir en que los valores culturales sean tenidos en cuenta con la máxima atención, ya que ellos afectan muy directamente a nuestra identidad como europeos, lo que nos debe llevar a considerar la Unión no sólo como un instrumento de cohesión económica o de desarrollo de mercados, sino también como un foco de irradiación de valores y principios, que pueden servir de ejemplo y atracción a otras sociedades, en este mundo globalizado en que vivimos.

Sobre estas ideas básicas, configuramos la estructura del X Foro Hispano Británico, prestando atención a cuatro aspectos concretos que se estudiaron en otras tantas sesiones del mismo.

En la primera sesión reflexionamos sobre la identidad cultural en la UE y de cómo visualizar el sentido de pertenencia a esa realidad cultural. Los conceptos de libertad, democracia e igualdad constituyen un patrimonio cultural común y reflejan realidades necesarias para la Unión. No hay que olvidar que la UE decidió en el Tratado de Maastrich de 1992 que la dimensión cultural debía ser considerada como elemento esencial de integración.

Es cierto, sin embargo, que en la UE existen apreciaciones diversas en los distintos países sobre la propia dimensión de la cultura europea, que se ven reflejadas en las dos corrientes de opinión generalizadas ya citadas, la de quienes piensan que hay que impulsar la integración y la de quienes, al mantener una visión escéptica sobre sus posibilidades e incluso su conveniencia, adoptan una actitud de desconfianza. Pero esta diversidad forma parte del acervo común asumido por la Unión que precisamente la enriquece.

En la citada primera sesión, tras las palabras de bienvenida a la sede de la Representación de la Comisión Europea de su director, don José Luis González Vallvé, y las apreciaciones del embajador británico, Sir Stephen Wright, sobre la necesidad de que la acción de los gobiernos en esta materia debe consistir en

ofrecer a los ciudadanos el mayor número de experiencias culturales posibles, pudimos conocer los criterios del ilustre historiador Sir John Elliott, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y Regius Professor Emeritus de la Universidad de Oxford, sobre los elementos comunes que podemos encontrar en la historia de los países europeos y, al mismo tiempo, la gran diversidad de sus aproximaciones culturales, diversidad que constituye parte esencial de Europa. Igualmente escuchamos a don Enrique Barón, anterior presidente del Parlamento Europeo, hablar de cómo debe afrontar Europa el futuro, partiendo de un orden de valores compartido por el que, por ejemplo, nos dice, tanto se han sacrificado los propios británicos en las dos pasadas guerras mundiales.

La segunda sesión del Foro sirvió para examinar el momento actual de ese elemento característico de nuestro patrimonio cultural común, como es la creación literaria, concretamente la narrativa en la UE que, en palabras del presentador de dicha sesión, el periodista Mr. Tom Burns, sirve «para entender dónde estamos, de dónde venimos, a dónde vamos» y es el punto de partida, la mirada atrás y toda una hoja de ruta. La escritora doña Carmen Posadas y el escritor y diplomático Marqués de Tamarón expusieron magistralmente en una especie de toreo al «alimón», si se me permite la expresión, sus apreciaciones sobre el humor en la novela española y en la inglesa.

Doña Julia Escobar, escritora y crítica literaria, nos habló de la singularidad, riqueza y variedad, de la narrativa europea y la dificultad de «escribir después de...» todo lo que ya se ha escrito.

Por su parte, Mr. Randall Stevenson, profesor de literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo, nos ofreció con gran agudeza, a partir de la narrativa popular actual y a manera de brochazos determinantes de un óleo, rasgos muy específicos de la novela británica actual y del «deber ser» de la narrativa europea.

Leyendo las intervenciones mencionadas hay que concluir que ha merecido la pena tomarle el pulso a nuestra narrativa para apreciar su importancia y vitalidad en el acervo común europeo.

La tercera sesión del Foro se dedicó a examinar las políticas culturales en la UE, tanto los programas actuales como posibles ideas para una acción futura. Son claras las carencias que tenemos en la Unión en este terreno, aunque existen programas de gran aceptación ciudadana como serían las becas Erasmus o

la declaración de capitales culturales de Europa. Pero, sin duda, en este terreno hay mucho camino que recorrer.

Don Alfons Martinell Semper, director general de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, al presentar a los participantes de la tercera sesión y a modo de reflexión introductoria, destacó la tímida actitud y casi abandono que ha tenido la UE hacia los temas culturales y la necesidad de una voluntad de construir una identidad actual europea.

Hemos oído muchas veces que es prácticamente imposible llegar a unas políticas culturales comunes. No comparto esa opinión, y me parece que sería enriquecedor para todos los ciudadanos de Europa el que aumentáramos nuestras políticas culturales comunes, ya que, una vez afianzada la superación de enfrentamientos históricos, logro importante de la UE, tales políticas comunes nos permitirían también superar viejos clichés y tópicos, creadores de rencillas e incomprensiones.

Mr. Chris Hichey, director del British Council en España, nos recuerda que lo más importante en nuestro ámbito cultural europeo es nuestro trabajo conjunto para ayudar a la próxima generación de europeos, lo que podremos conseguir a través del intercambio de conocimientos y experiencias en beneficio mutuo. Y don Francisco Gómez Riesco, subdirector general de Cooperación Cultural del Ministerio de Cultura, nos ofrece una panorámica muy completa del nuevo contexto en que habrá de desarrollarse la acción cultural, con propuestas concretas que deberían ser asumidas por la Unión Europea. El catedrático de la Universidad Carlos III y de la UNED, don Jesús Prieto, nos ofrece por su parte una visión muy aguda de Europa como proyecto cultural, examinando las distintas dimensiones de la integración europea y el papel que debe desempeñar la cultura en la Unión.

La cuarta sesión del Foro la dedicamos a un tema muy importante y concreto para la Unión, como es el de las industrias culturales. Dada la amplitud del campo que comprenden estas empresas, limitamos nuestra reflexión a la prensa escrita y a las empresas editoras, considerando, además, el importantísimo papel que la prensa desempeña en la actualidad, a la hora de crear corrientes de opinión y la conveniencia, cuando no necesidad, de políticas de colaboración entre empresas periodísticas y editoras.

Don Carlos Alberdi, director general de Cooperación y Comunicación Cultural del Ministerio de Cultura, al introducir el tema de esta cuarta sesión, nos recordó que, aunque la sesión se ciñe a la prensa escrita y a las empresas editoras, ambas industrias están muy relacionadas con la comunicación audiovisual y las relaciones internacionales.

Ms. Elizabeth Nash, periodista y corresponsal de *The Independent* de Londres, nos describe sus vivencias como periodista y su convicción de que el impulso cultural en Europa llegará de abajo a arriba a partir del hombre de la calle. Don Andrés Ortega, editorialista y columnista del diario *El País*, analiza el momento de crisis de liderazgo en la UE y el hecho de que la construcción europea se esté haciendo sin medios de comunicación propiamente europeos, aunque señala muy agudamente que está surgiendo un sistema-red de empresas europeas de medios de comunicación, lo que podría ser, estimo, un buen camino de superación del hecho anterior descrito.

El corresponsal del *The Guardian* y *The Economist*, Mr. Giles Tremlett, pone de manifiesto en su comunicación, la contradicción que existe entre los propios términos cultura e industria y se pregunta si los periódicos pueden ser considerados cultura, para lo que encuentra respuestas diferentes en España y en el Reino Unido. Don Santiago Alonso Paniagua, consejero delegado de ABC (Vocento), describe cómo los medios de comunicación no han sabido fomentar el sentido de pertenencia al proyecto de creación de la Unión y analiza la diferente influencia que la prensa ejerce sobre sus ciudadanos a este respecto en los diferentes países de la Unión, examinando la crisis de la prensa escrita y destacando que su supervivencia resulta imprescindible para el fortalecimiento de las instituciones, el debate social público y riguroso y, en definitiva, la construcción de una Europa sólida, democrática, culta, liberal, unida y consistente.

En la sesión de clausura, el embajador don Juan Durán-Loriga, en su lúcida intervención final del Foro, afirma que una Europa ensimismada dejaría de ser Europa y que el mundo árabe forma parte, por su propia identidad, de nuestra misma civilización nacida en las riveras asiáticas, africanas y europeas del «Mare Nostrum».

Sólo me queda agradecer su colaboración a las instituciones y empresas que con su ayuda han hecho posible este Foro y que deseo mencionar expresamente: la Dirección General de Cooperación y Comunicación Cultural del

Ministerio de Cultura, la Embajada Británica, el British Council y las empresas Barclays Bank, Grupo BP España, GB Airways, Gómez-Acebo & Pombo y el King's Group. Igualmente deseo agradecer al director de la Representación en España de la Comisión Europea su colaboración al poner a disposición de la Fundación el salón de actos de dicha Representación.

Estoy seguro de que las intervenciones y ponencias del X Foro Hispano Británico, que se recogen en esta monografía, resultarán de gran interés para el lector.

1ª SESIÓN
SESIÓN INAUGURAL

LA IDENTIDAD CULTURAL
EN LA UNIÓN EUROPEA

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Felipe de la Morena

P R I M E R A I N T E R V E N C I Ó N

D. José Luis González Vallvé

DIRECTOR DE LA REPRESENTACIÓN EN ESPAÑA DE LA COMISIÓN EUROPEA

Alteza Real, Excmo. Señor Duque de Soria, Señor Embajador, Señor Presidente de la Fundación Hispano Británica, señoras y señores. Muy buenas tardes a todos.

A los representantes de la Comisión se nos suele decir que en estos Foros intentemos cumplir dos recetas: una la de que seamos prácticos y otra la de la brevedad. Yo seguro que la segunda la cumplo, la primera no estoy tan seguro. Y para cumplirlas voy a retomar un pensamiento que se atribuye a Jean Monnet —aunque creo que Jorge Semprún después dijo que quizá no era de él— y es aquel de que «quizás la Unión tendría que haber comenzado por la cultura». Y se suele establecer ese pensamiento como una contradicción con haber empleado todas nuestras energías en construir una Europa económica. Pero hoy precisamente nuestro comisario Fighel presenta en Bruselas un informe donde se dice ni más ni menos que la industria cultural europea produce al año 654.000 millones de euros. Es decir, más del doble que la industria automovilística, bastante más, por ejemplo, que el sector inmobiliario y bastante más incluso que la industria de la alimentación. Estamos cambiando incluso aquello de «primum vivere, deinde filosofare»; ya hemos llegado al casi «primum filosofare»; de manera que creo sinceramente que esa contradicción, que puso en su día en boga Jean Monnet al hacer aquella reflexión, precisamente la estamos comenzando a superar al ser conscientes de la importancia que la industria cultural tiene en Europa. Una importancia que, además, en los momentos

en los que hablamos de globalización, tiene una virtud que, a mi juicio, a veces se valora poco, y es la de la imposibilidad de deslocalizar los bienes culturales europeos o la gran imposibilidad de hacerlo. Es decir, parece imposible que nos trasladen la catedral de Burgos a otra parte, o incluso el vino de Ribera del Duero, que también forma parte de ese patrimonio cultural. Y déjenme concluir con una reflexión, quizás no tan práctica, pero que tiene algo que ver con ese lema, que es el que plantea este seminario de la identidad cultural en la Unión Europea.

Hoy en las librerías de España, de Madrid, hay un tomo que se titula *Cultura*. Tiene 1.900 páginas y debajo dice «el patrimonio común de los europeos». Su autor es un historiador británico que nació en El Cairo, que es hijo de familia judía, se educó en francés y ha vivido en Francia y en Italia. Yo creo que es un buen ejemplo de esa identidad cultural europea. Y nos dice que ya en el siglo XIX los ingleses no componían óperas porque eran conscientes de que se componían mucho mejor en Italia. Y los italianos no hacían novelas de misterio porque eran conscientes también de que salían mucho mejor en la niebla londinense. Es decir, que esa complementariedad europea de unidad en la diversidad ya tiene bastantes años.

Nada más. Creo que he cumplido con esas dos recetas de brevedad. Agradecer, que es la receta que todavía no había cumplido, a la Fundación Hispano Británica el que nos haya designado para acogerles, siendo un honor para nosotros tenerlos aquí y desear que este Foro contribuya a que todos tengamos un mayor conocimiento y una mejor puesta en valor, si cabe, de esta cultura común europea.

S E G U N D A I N T E R V E N C I Ó N

Sir John Elliott

PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE CIENCIAS SOCIALES

REGIUS PROFESSOR EMERITUS OF MODERN HISTORY DE LA UNIVERSIDAD DE OXFORD

There is a famous story that when Mahatma Gandhi was asked what he thought of ‘western civilization’ he replied that he only wished it existed. Well, does European civilization exist, or do we simply wish that it did?

I understand that a project is currently under consideration for the establishment in Brussels of a Museum of European history and civilization, and it occurred to me that a possible approach to the question of whether Europe has a common civilization is to imagine for the next ten minutes or so that we are the museum’s designers and have been asked to decide on its contents. What should a Museum of Europe display? As soon as one starts to think about possible topics for inclusion, it becomes clear that the answer will not be easy.

Everyone would surely agree that the cultural and historical foundation of Europe is the civilization of the Greeks and Romans, transmitted through the political agency of the Roman Empire. Clearly the first section of the museum should be devoted to Roman Europe. Rome gave those regions that were brought under its control the benefits of a common law, a common language, and a sense of belonging to a wider community. But the boundaries of its empire were by no means identical with those of modern Europe. It included large areas of Asia and North Africa, and excluded large areas of today’s Europe—in particular the Celtic fringes of the British Isles, together with Scandinavia and the lands east of the Elbe. Our museum would surely have to go in the opposite direction, excluding Roman Asia and North Africa, but

including northern and eastern Europe. We are then left with the inconvenient fact that important parts of the continent never shared, in any substantial way, in the real or imagined benefits of Roman civilization.

Geographically, Europe is of course no more than a large peninsula of Asia jutting out into the Atlantic Ocean, and the Roman Empire, as we all know, was the first of several attempts over the course of the centuries to unite under a single ruler most or all of what we now call the European continent. But where China has had a continuous history of the union of different ethnic groups beneath a single imperial government, Europe has not. Neither the Roman emperors, nor Charlemagne, nor the Emperor Charles V, nor Napoleon, nor Hitler, succeeded in establishing a durable political structure that gathered all the peoples of Europe beneath a single ruler. In its foundation charter the European Union effectively conceded the central truth of two millennia of European history: that this is a continent characterized by extreme diversity—of peoples, languages, cultures, and political groupings. A Museum of Europe can hardly brush under the carpet the variety and complexity of the European past. But how can it recognize the distinctiveness of numerous national and regional histories, and yet at the same time provide a common theme? The problem that confronts the museum's designers is a microcosm of the problem of Europe itself.

One such common theme might, of course, be Christianity. From the fourth century to the fourteenth, and beyond, we can observe the developing process of the Christianization of Europe. This is the millennium that sees the creation of *Christendom*, with the establishment of an ecclesiastical bureaucracy and an international Latin-speaking caste of clerics. Under the leadership of the papacy a reinvigorated Latin church embarked on an intensive campaign for the conversion of the pagan peoples of central and northern Europe, imposed Latin Christianity over large areas of the continent, and sponsored the crusades for the recovery of the Holy Land from Islam and the re-conquest of the Iberian peninsula from the Moors. 'Christendom' was a concept long before the concept of 'Europe' began to acquire any substance—the word *Europe* only begins to make a serious appearance in the age of Dante, and Pope Pius II (1458-64) seems to have been the first person to have made frequent use of the word *European* (*europaicus*). Between the mid-fifteenth and the seventeenth centuries

Christendom and *Europe* were used interchangeably, and it is only from 1700 onwards that *Europe* becomes the conventional term.

Christendom, of course, defined Europeans as against the adherents of the two great rival religions, Judaism and Islam, and it was above all the continuing awareness of the threat represented by the Islamic empire of the Ottoman Turks after their capture of Constantinople in 1453 that helped keep the concept of *Christendom* alive. Yet here again our hypothetical museum runs into serious difficulties. We can hardly have a museum that omits the enormous contribution of the Jews to European civilization; nor can we have a museum that omits Islamic Spain, or those many Europeans, especially in the Balkans, who are Muslims today. Even the notion of Christianity, too, is problematic. Not only was Latin *Christendom* permanently split by the sixteenth-century Protestant Reformation, but eastern and south-eastern Europe were never brought within the Latin fold. The part played by the Greek and Russian Orthodox churches is integral to the history of Europe; and once we include them as well, we can see that religion, as a central theme of the European past, divides the peoples of the continent at least as much as it unites them.

For this reason I would avoid any attempt to focus the medieval section of our museum exclusively on the creation of *Christendom*, although the Christianizing process must certainly be given proper weight. But place must also be found for other medieval contributions which had a lasting impact on European development. Here I would point particularly to the development of cities and towns, which would make Europe primarily an urban civilization; the creation of universities across the continent; the beginnings of state-formation—and, as an essential counterpart, the development of representative assemblies or parliaments which would deeply embed ideas of political representation and individual and corporate rights and liberties in Europe's collective consciousness.

From around 1500 the construction of our Museum of Europe becomes rather easier, although again it is not without its difficulties. A major section, for instance, could be devoted to the Renaissance, in the widest sense of the term. The period between the mid-fifteenth and the mid-seventeenth centuries sees, in the famous formulation of the nineteenth-century Swiss historian, Jacob Burckhardt, Europe's 'discovery of the world and of man'. In the

spread of humanism across the continent, we have a pan-European movement, with Erasmus as its presiding genius, and the creation of a genuine republic of letters among the European elite, who communicate with each other in a common language, Latin. We also have, as a result of overseas voyages of trade and exploration and the conquest and colonization of America, a growing interest in, and curiosity about, the non-European peoples of the world. This rapidly increasing awareness of a wider world helps to sharpen Europe's self-awareness. It differentiates itself more strongly from Africa, Asia and America, all of which are essentially European inventions. The Chinese, for instance, did not think of themselves as part of Asia, nor did the Bantu think of themselves as part of Africa. In sixteenth-century Europe, by contrast, images representing the four continents begin to appear in book illustrations, in ornamental sculptures or on wall and ceiling frescoes—Asia, for instance, seated on an elephant, and Africa on a camel. Increasingly in such depictions, Europe—the only continent to be seated on a throne—rules the world.

The sense of European superiority derived from the growing, if often misplaced, confidence of sixteenth- and seventeenth-century Europeans that they could harness the forces of nature, and impose their will on the other peoples of the world. The Europe of these centuries is beginning to export itself—its peoples, its culture, its values—to other parts of the globe, and often, as in America, to impose itself by military force. It seems to me that our hypothetical museum must include this engagement of Europe with the rest of the world, and the overseas creation of mini-Europes, especially in the American hemisphere. The theme of colonization and imperialism is a delicate one these days, but it cannot be avoided, and must be honestly treated. During four centuries, overseas expansion and the attempt at global domination are central to both European and world history. They are indications at once of the unique openness of Europe to the world beyond itself, but also of a darkness at the heart of a continent which strives to dominate the globe.

But visitors to the museum should not be allowed to forget that, even as Europe sought to impose itself on other peoples and continents, it was simultaneously tearing itself apart in a succession of internecine wars. The European intellectual elite may have been creating a genuine republic of letters, but at the same time, to the despair of the humanists, dynastic, national and

religious rivalries were fragmenting the continent. The Europe of the sixteenth and seventeenth centuries was a deeply divided continent, with the division between Protestant Europe and Counter-Reformation Catholic Europe emerging as a great continental fault-line—one that persists, if in a mitigated form, down to our own times.

The mitigation, such as it is, came as a result of a steady, but irregular, secularization of society from the eighteenth century onwards, and the growing influence of science and technology in European civilization. I would therefore devote the next stage of our museum to the eighteenth-century Enlightenment and its consequences. The Enlightenment was a pan-European movement which aimed to inculcate polite manners and civilized behaviour among the peoples of Europe and the world. It believed in the influence of trade between peoples and nations, ‘le doux commerce’, as a profoundly civilizing agent. The belief, of course, was badly misplaced, and commercial rivalry proved to be just as lethal as dynastic and national rivalry as a source of European disunity.

Above all, the Enlightenment was a movement grounded in the conviction of the power of rational inquiry and scientific experiment to unlock the mysteries of man and the universe, and in the belief that science and reason, unfettered by religious dogma, should be directed to improving the well-being and enhancing the happiness of the peoples of the world. The application of science to utilitarian purposes was a driving force behind the Industrial Revolution which was to refashion Europe and the world. That refashioning, as we can now see all too clearly, had profoundly destructive, as well as creative, consequences. While raising the material standards of living of millions of people, it also played its part in creating a spiritual vacuum, and in unleashing deadly forces which almost destroyed Europe itself, and ravaged so many parts of the world, in the wars of the twentieth century. For both good and ill, then, the Europe of the nineteenth and twentieth centuries, along with its offshoot, North America, became the catalyst of a new form of civilization, the so-called ‘western civilization’, based on science and technology, that we know today.

There are, then, certain common themes which might give shape and focus to our hypothetical museum—Romanization and Christianization, the Renaissance discovery of the world and of man, and the Enlightenment project, with

its emphasis on reason, science and technological progress. Yet, as I have also suggested, none of these themes in itself can encapsulate European civilization in its totality. The Roman Empire never extended to cover the continent as a whole—a continent whose eastern boundaries have never been clearly defined. Christianization was never total, and Christianity itself was divided between its eastern and western manifestations, and, later, between its Latin and northern versions. The Renaissance was essentially an elite movement, and, again, had distinctly northern and southern variations. The Enlightenment, too, was all too often no more than a superficial veneer which covered, but never entirely concealed, the deep cracks beneath the surface.

Against these common themes, therefore—the elements of unity—we must set the disunity that has been a constant of European history. But this disunity, which has had so many destructive consequences, has also been, in my view, the source of Europe's greatest strength. No single political power has ever fully dominated the continent. No single religion has claimed the allegiance of all its peoples. Latin, French and now English have served in turn as its *lingua franca*, but no single language has been spoken to the exclusion of all others. In my opinion, its continuous pluralism over the centuries is the key to Europe's continuous creativity. Monolithic structures, whether in the world of politics or in the world of ideas, inevitably tend towards the imposition of uniformity.

Where pluralism reigns, the competition of systems and ideas has free play, and, if one nation or society loses its vital spark, there is always another to pick up the torch.

A Museum of Europe should therefore, I believe, record the elements that divide, as well as those that unite, and, in doing so, it should emphasize those features that do not fit well with our contemporary image of Europe, as well as those that do. For example, it should not ignore the enormous contribution made to European civilization by Islamic Spain, nor the role of the Slavonic peoples of south-eastern Europe. One half of the museum, then, should be devoted to the diversity of Europe. It should not conceal or underplay the darker consequence of that diversity—the national, ethnic and religious rivalries that have brought so much destruction in their wake—but should also convey the message that diversity has been a principal source of European creativity.

The other half of the museum would, of course, be devoted to the common elements of European civilization and to the story of continuing aspirations over two millennia towards some form of European unity. Again, it is important not to ignore the darker side of the story—the persistent attempts to impose the unity of Europe from above, through ideological or military domination, or (dare I say it?) through bureaucratic decree. I believe that a museum shaped around these two great themes of unity and diversity could be used very effectively to illustrate the creative tension that lies, and has always lain, at the heart of Europe: the tension between the realities that come from Europe's innate diversity, and the hopes of transcending them in the name of peace and unity.

The project is of value because it is essential for Europe's future that its peoples should have some understanding both of its past and of its relationship to the world beyond its borders. The Europe of today is guilty of historical amnesia on a massive scale, and at times shows a dangerous inclination to turn in on itself. But if it is to confront the problems of today and tomorrow—its relationship, for instance, with the United States or Islam—it can only hope to do so successfully if it has some appreciation of how it interacted with Islam over the centuries, or how the United States itself embodied, and still embodies, the aspirations of the Europe of the Enlightenment. An intelligently designed Museum of Europe could play at least a modest part in opening the eyes of present and future generations to the achievements, and the complexities, of European civilization, and enhancing their understanding of how it came to be what it is, and what kind of impact it has had on the world.

Much more than a museum is needed, of course, to promote such an awareness. My own special hope is for a greater and deeper commitment, at every level, to educational exchange. Universities were one of the great international creations of medieval Europe and one of its most important legacies to the modern age. Scholarship knows, or should know, no frontiers, and the Erasmus scheme for student exchange is at least a beginning. Much more, however, can and should be done, but it should not be done by the creation of artificial constructs in the name of European unity. We possess important elements of a common civilization, but it has never been, and should never become, a homogenous one. If a greater degree of European unity is to come

Segunda intervención

over time, it must come as the result of organic development—by way of contacts across national boundaries through travel and educational exchange, and by the natural demands of the market-place—rather than through the imposition of programmes designed to force the pace of change. Above all, it needs ideas and enthusiasm, and I have no doubt that that this Foro, in the course of its discussions, is capable of generating both.

T E R C E R A I N T E R V E N C I Ó N

D. Enrique Barón Crespo

EX PRESIDENTE DEL PARLAMENTO EUROPEO

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE COMERCIO INTERNACIONAL
Y PRESIDENTE DE LA DELEGACIÓN SOCIALISTA ESPAÑOLA
EN EL PARLAMENTO EUROPEO

Agradezco de corazón esta invitación para intervenir sobre un tema tan sugestivo como la dimensión cultural en la Unión Europea y me excuso de abandonarles inmediatamente después, por tener que partir al pleno del Parlamento Europeo en Estrasburgo. Como saben, la obligación está antes que la devoción, aunque espero hacerles algunas aportaciones útiles precisamente a partir de mi experiencia en el PE. En todo caso, expreso mi satisfacción por poder participar con personajes tan importantes y en particular con sir John Elliott, cuyo espléndido libro *Empires of the Atlantic World* ha sido mi lectura este verano, con provechosas ideas sobre nuestro tema de hoy.

Dimensión cultural es un término onmicomprensivo, en el que cabe hablar de conocimiento, arte, creencias, moral, derecho, costumbre, en definitiva de la «Weltanschauung». También es una ocasión para caer en los estereotipos más manidos. La cuestión es si existe una cultura común entre nosotros y en su conjunto en la Unión Europea. La provocación más clara en este terreno la escuché de labios del presidente Mitterrand en su discurso de despedida con el PE al acabar la Presidencia francesa en 1995 cuando afirmó la necesidad de una política cultural europea, ya que sin ella sólo podrían sobrevivir dos culturas nuestras en el mundo globalizado: la anglosajona y la hispánica. Afirmación que suscitó no pocos rumores en el hemiciclo.

Entiendo que el sentido que damos a la palabra cultura hoy se centra en «el orden de valores compartido y el patrimonio cultural común en la Unión Europea» como ha anunciado el embajador de la Morena. Se trata, pues, en esencia, del debate abierto y en curso sobre la Constitución Europea que contiene, precisamente, por primera vez una afirmación elaborada conjuntamente con luz y taquígrafos de nuestros principios, valores y objetivos. Hecho que cabe calificar de revolucionario en nuestra milenaria historia común. El estereotipo fácil en este caso sería considerar que en este debate los impulsores somos los españoles y los británicos los euroescépticos. Es cierto que los españoles la aprobamos en referéndum con amplia mayoría y en el caso británico a la firma ha seguido un silencio que se puede interpretar como un aplazamiento «sine die», o por decirlo en inglés una política de «wait and see». Señalo para su información que al cumplirse este mes el plazo inicial previsto en los tratados, con la ratificación finlandesa vamos a llegar a los dos tercios de los veintisiete Estados miembros y los del «sí» estamos dispuestos a seguir ganando el partido.

Pero no todo son los tratados. Un hecho que me llama poderosamente la atención, como ciudadano de un país en el que tenemos tantas dificultades para mostrar externamente nuestros signos comunes, es que la semana pasada los europarlamentarios británicos llevaron en sus solapas las «poppies», las amapolas que recordaban el sacrificio de toda una generación de británicos en el frente de Flandes en la Gran Guerra, que inspiró el dramático poema de T. S. Elliott *The Waste Land*, la tierra baldía. Resulta difícil hablar de euroescépticismo existencial cuando un país entrega lo mejor que tiene, su juventud, por una causa generosa y desinteresada.

En ese siglo breve y cruel que fue el siglo XX, el pueblo británico repitió este sacrificio por la libertad en Europa, y al terminar la segunda gran guerra civil europea, líderes británicos, con Churchill a la cabeza, impulsaron como pioneros el proceso de unidad europea. La lectura de las actas del Congreso del Movimiento Europeo de La Haya de 1948, lo digo como ex presidente del mismo, es elocuente al respecto. Allí estuvieron y participaron activamente representantes de todas las familias políticas, del empresariado, la cultura y la sociedad civil británica, con personalidades como el mismo Churchill, Eden, Mac Millan y otros. Attlee, al frente del Gobierno en ese momento, defendía tesis similares sobre la necesidad de la unidad europea. Los críticos dicen que cuan-

do hablaban de estos temas, siempre se referían a la necesidad de la unión continental. El hecho es que tras esta presencia activa, la Gran Bretaña victoriosa se replegó en sí misma, abriéndose un debate existencial sobre su relación con el proceso de Unión Europea vivo aún hoy en día que atraviesa transversalmente todas las fuerzas políticas. Quizá la mejor explicación comparativa la haya dado mi admirado amigo el historiador Paul Preston, cuando señala en su prólogo a la traducción inglesa de mi obra *Europa en el alba del milenio* que no es sorprendente el entusiasmo de los españoles en relación con la idea europea, porque mientras la Gran Bretaña conoció su gloria imperial entre los siglos XVII y XIX, en nuestro temprano caso fue una historia de decadencia y humillación internacional que culminó con la pérdida final del Imperio en manos de los Estados Unidos en 1898 y la guerra civil. La decadencia británica es, sin duda, más dulce y reciente, y permite todavía discursos como los del Independent Party en el PE. Desgraciadamente, la impresión dominante es que el fin del blairismo —Blair ha firmado la Constitución— no significará una mayor aproximación a la Unión Europea. Thatcher también firmó el euro y no me negarán que la moneda es un elemento cultural esencial.

En el congreso del 48 una de las tres comisiones básicas fue la de Cultura. La presidió un liberal español refugiado en Gran Bretaña, Salvador de Madariaga, quien hizo un auténtico canto a los elementos comunes de la cultura europea en la literatura, las bellas artes, la arquitectura o la música. Pero si insisto en traer a colación este debate es por la frase de Jean Monnet, tan apócrifa como famosa: si hubiera que empezar otra vez, lo haría por la cultura. La redacción de la resolución cultural es, en su reconocimiento de «la necesidad de una verdadera (*true*) Unión por encima de nuestras diferencias nacionales, ideológicas y religiosas, parte de una herencia común de valores espirituales y culturales y de una adhesión común a los derechos humanos fundamentales, en particular la libertad de pensamiento y expresión».

Por fin, tras más de medio siglo de avances y retrocesos, hemos plasmado estos principios y valores compartidos en el Tratado Constitucional, dando contenido a la ciudadanía europea con una Carta de Derechos Fundamentales vinculante. Soy consciente de las reservas británicas en relación con estas proclamaciones formales, no en vano, tras siglos de democracia parlamentaria basada en el Bill of Rights de 1689, fruto de la primera revolución republicana

moderna con decapitación real incluida, sólo han promulgado en 1998 la Human Rights Act para adaptar el derecho británico al europeo.

No obstante, sobre la cultura, el texto de la Constitución es prudente y nada federalizante (empleo la expresión en el sentido peyorativo y centralista que predomina en Inglaterra, no en el americano). No va más allá del pronunciamiento de 1948. Parte de afirmar que la «Unión respetará la riqueza de su diversidad cultural y lingüística y velará por la conservación y el desarrollo del patrimonio cultural europeo», acción que se canalizará a través de «acciones de apoyo o complemento» fomentando la cooperación entre los Estados miembros, con particular referencia al audiovisual. Existen posibilidades de actuar con imaginación y valor; en el PE preferimos mayoritariamente financiar los exitosos programas Erasmus en el terreno de los intercambios educativos universitarios o los programas marco de I+D+i que empeñarnos en mantener una PAC sin reformas por mucho que la agricultura sea el origen de la cultura.

Ahora que están ganando la batalla lingüística del inglés, convertido en *globbish*, tenemos derecho a pedirles que honren su palabra y el sacrificio de tantos británicos por Europa uniendo nuestra afirmación cultural básica en la Constitución Europea.

C U A R T A I N T E R V E N C I Ó N

Sir Stephen Wright, KCMG

EMBAJADOR BRITÁNICO

Alteza Real; Secretario de Estado; Don Felipe; distinguidos ponentes y participantes.

Una vez más es para mí un gran placer ser invitado a participar en el Foro anual de la Fundación Hispano Británica. En primer lugar, quisiera expresar mi agradecimiento a la Fundación por su trabajo. Sigue desempeñando a lo largo del año un papel importante en las relaciones entre nuestros dos países. El firme y constante apoyo de los patrocinadores es fundamental para el continuo desarrollo de la Fundación. Doña Cristina de la Herrán garantiza, siempre y sin aparente esfuerzo, su buen funcionamiento. Quiero darles las gracias a todos. Pero, sobre todo, quiero darle las gracias al embajador Felipe de la Morena, un gran presidente y un buen amigo.

En el Reino Unido el apoyo estatal a las actividades culturales está asegurado por el Department of Culture, Media and Sport. Además, como sabemos todos, es el British Council, cuyo director en España, sir Chris Hickey, hablará en esta conferencia mañana, el que está encargado de la promoción de nuestros lazos culturales en el exterior.

Estas actividades están dirigidas principalmente a jóvenes y a comunidades, y pretenden aumentar y ampliar el impacto de la cultura en el enriquecimiento individual de las personas, así como en fortalecer las comunidades y mejorar los lugares donde vive la gente, ahora y en el futuro. No deja de impresionarme la diversidad de actividades que abarcamos entre la Embajada Británica y el British Council. Éstas van desde representaciones teatrales tradicionales

de las obras de Shakespeare hasta una exposición global sobre la reducción de la producción de carbono en nuestras ciudades.

También me impresionaron las palabras del ministro de Economía británico, Gordon Brown, en un discurso reciente que destacó el papel de la cultura en la lucha contra el extremismo. Dijo que, al llevar el debate, la discusión y el diálogo a todos los países y a todas las comunidades a través de los medios de comunicación, así como de la cultura, las artes y la literatura, podemos promover nuestros valores de la libertad, la democracia y la justicia.

Esta filosofía y visión de la cultura también se extiende a la cooperación a nivel europeo. Sabemos que los individuos son el motor del intercambio y de la identidad cultural. El papel de los gobiernos consiste en facilitar este intercambio y en eliminar los obstáculos. El objetivo de la política cultural gubernamental debería ser garantizar que nuestros ciudadanos estén expuestos al mayor número de experiencias culturales que sea posible.

Soy consciente de que hoy y mañana se reúne el Consejo de Ministros de la Unión Europea sobre Educación, Juventud y Cultura. Valoramos muy positivamente el debate entre los ministros sobre cómo conseguir que nuestro patrimonio cultural sea más accesible por Internet. Los ministros reflexionarán también sobre el papel de la cultura y de las industrias creativas como recursos clave del crecimiento económico, del empleo y de la competitividad en Europa. No debemos menospreciar la contribución de la cultura y del patrimonio a la Agenda de Lisboa, especialmente en lo referido a la generación de empleo sostenible.

También apoyamos el enfoque del programa de trabajo «Cultura 2007» que da prioridad al fomento de diálogo intercultural en toda Europa. En este contexto, valoramos muy positivamente la designación del año 2008 como Año Europeo del Diálogo Intercultural. El tema del diálogo entre las distintas culturas ha asumido gran importancia a medida que se amplía la UE, así que debemos reconsiderar nuestros modelos de integración social para ciudadanos de distintos orígenes étnicos, culturales y religiosos.

El año 2008 también es importante por otras razones. Aprovecho esta oportunidad para hacer publicidad brevemente en favor de la ciudad de Liverpool, ciudad que tendrá el honor de ser la Capital Europea de la Cultura en 2008. Creo que Liverpool ganó este concurso porque las personas —el mayor activo

de la ciudad— fueron el eje de su oferta. Sé que las organizaciones culturales, las industrias creativas, los artistas, las escuelas y las empresas de la ciudad están trabajando intensamente para dejar un legado duradero y positivo para los ciudadanos de Liverpool, y para que tengan más empleo, una economía más fuerte y un mejor lugar para vivir. Espero que el mayor número posible de ustedes puedan visitar Liverpool y comprobar si todo el trabajo ha dado resultados.

Finalmente, unas palabras para los participantes británicos en este foro. Tanto si han viajado desde el Reino Unido como si han venido desde sus oficinas en Madrid, gracias por asistir. Ya hemos escuchado las ideas, estimulantes y magistrales como siempre, de sir John Elliott. A todos ustedes, gracias por añadir sus percepciones y pensamientos al rico y permanente diálogo que existe entre España y el Reino Unido, especialmente a través del buen trabajo de la Fundación.

Muchas gracias.

2ª SESIÓN

EL MOMENTO ACTUAL DE LA NARRATIVA
EN LA UNIÓN EUROPEA

INTRODUCTOR Y MODERADOR

Mr. Tom Burns Marañón, OBE

I N T R O D U C C I Ó N

Mr. Tom Burns Marañón, OBE

PERIODISTA

El tema de esta segunda sesión es el momento actual de la narrativa en la Unión Europea. A mí me recordaba mi paso por Oxford cuando hablaba Sir John Elliott. Por desgracia, cuando yo estuve en Oxford, Sir John estaba en América. Pero el que tuve de profesor, gran amigo de Sir John, Sir Raymond Carr, nos decía: «Read novels. To be a good historian, read novels». Y yo creo que lo de la narrativa, para entender dónde estamos, de dónde venimos, a dónde vamos, es el punto de partida, es la mirada atrás y toda una hoja de ruta.

Me acompañan personalidades estupendas y colosales. Y voy a empezar por dar la palabra a Carmen Posadas. Me encanta compartir mesa con Carmen Posadas. Creo que la última vez fue en un *happening* tan castizo y madrileño como es El Rastrillo. Estábamos los dos firmando libros: ella firmaba muchísimos libros, yo firmaba casi ninguno. Lo llevé muy deportivamente y porque me valió la pena estar a su lado.

Debo advertir que ha habido una complicidad entre doña Carmen y el marqués de Tamarón porque me han explicado que se van a ir pasando la palabra entre ellos para hablar del humor en novelas españolas e inglesas. Entiendo que sean cómplices. Ella es hija de embajador en Londres y él fue embajador en Londres, con lo cual les unen muchas cosas. A continuación voy a pasar la palabra al profesor Randall Stevenson y terminaremos con mi buenísima amiga Julia Escobar, quien nos llevará a todos con lo de «Escribir después de...». Julia, además de escribir ella, es una traductora importantísima.

EL HUMOR EN LA NOVELA ESPAÑOLA
Y EN LA INGLESA (I)

D.^a Carmen Posadas

ESCRITORA

¿Qué es el humor? Santiago y yo estuvimos consultando por ahí y hemos encontrado algunas definiciones interesantes. «Humor o comedia es —según Wodehouse— la amable contemplación de lo incongruente», y según Unamuno, «la comedia es una forma de matar el tiempo, del mismo modo que la esencia de la tragedia es matar la eternidad». Mark Twain, por su parte, decía que existen diversos tipos de cuento pero sólo uno es difícil, el cuento humorístico. Yo, sin embargo, de todas las definiciones de humor o comedia que he leído elijo una que me parece acertada y a la vez terrible.

Dice Angela Carter que «comedia es una tragedia que le ocurre a otros».

De todas maneras, maticemos un poco. En mi opinión, lo que dice es cierto, pero sólo a medias, o *a mitad*.

Lo que quiero decir es que su definición sirve para explicar *un* tipo humor, y a mi modo de ver existen dos: el humor que se ríe de los demás (y allí entra de pleno la definición de Carter) y el humor del que se ríe de sí mismo.

El humor que se ríe de los demás es redentor porque hace que uno se sienta bien, *mejor* que los demás. Le compensa a uno de los sinsabores y fracasos, hace olvidar nuestra mediocridad y nos consuela al ver que los demás son peores que nosotros. O en el mejor de los casos, que en todas partes cuecen habas.

El humor que se ríe de uno mismo es igualmente redentor, pero nos redime de otros desasosiegos aún más profundos. De la sensación, por ejemplo, de que todo en este mundo traidor es ridículo, absurdo, incomprensible e injusto. Así, gracias al humor descubrimos que la mejor manera de sobrevivir al horror es reírse de él y, de paso, también de uno mismo. Pienso además que el que se ríe de sí mismo mata de un golpe varios fantasmas. Primero y más importante, el fantasma de la soledad. Como decía Erich Fromm, la sensación de soledad es la más terrible y a la vez la más inevitable del ser humano. Solos nacemos, solos hemos de morir y hasta que llegue ese día todo lo que hacemos, ya sea trabajar, pintar un cuadro, escribir un libro y por supuesto amar, no son sino diferentes tentativas para disolver el miedo a esa soledad. Muy bien, podemos decir entonces que el humor es otra forma de no estar solos. Cuando uno se ríe está estableciendo automáticamente una suerte de complicidad, por supuesto con otros, pero si no hay nadie delante, con nosotros mismos. Se ríe uno consigo.

Bueno, ya hemos neutralizado un fantasma, vamos por otro. El fantasma del absurdo. Aquí es donde entra por ejemplo la definición de lo que es humor según Wodehouse. «Humor —dice él— es la amable contemplación de lo incongruente». En otras palabras, el mundo es incomprensible, injusto, arbitrario, disparatado pero mientras yo sea capaz de verlo con la distancia que otorga el humor, estoy a salvo de su incongruencia. Por eso el humor es un perfecto disolvente de la sensación de que todo es ridículo, absurdo en este mundo. Ustedes, que han leído *La metamorfosis* de Kafka, recordarán que este cuento largo o *nouvelle* es un ejemplo perfecto de lo que intento decir. La historia que cuenta no puede ser más trágica. El protagonista, como en nuestras peores pesadillas, despierta un día convertido en un bicho, un ser repugnante, en una especie de escarabajo. A partir de ahí el autor, con perfecta seriedad, nos cuenta todas las cosas terribles que le ocurren al pobre Gregor Samsa: lo encierran en su cuarto con doble llave, lo bombardean con manzanas que se quedan incrustadas en su caparazón y se pudren, enferma, sufre y una vez muerto lo barren con una escoba como una cucaracha. Todo lo que Kafka nos cuenta es terrible, pero dentro del horror no podemos evitar reírnos, porque el horror y la risa van siempre unidos en las historias más terribles. ¿Quién no se ha sorprendido riendo en el cine durante una escena de terror?

Es la misma sensación que teníamos de niños cuando nos contaban una historia de miedo. Porque el miedo *lejano*, aquel que se siente de forma *vicaria*, esto es el que produce la lectura de un libro o el ver una película, redime y sosiega.

Pero volvamos por un momento a los dos tipos de humor. Como les he dicho, a mi modo de ver existen dos clases, el que se ríe de los demás y el que se ríe de uno mismo. El primero, sin duda, es el más fácil de provocar, el más infantil. A grandes rasgos y para definirlo de una forma grosera, es la carcajada que nos da al ver que alguien ha resbalado con una cáscara de plátano. Este tipo de humor, a mi modo de ver, tiene mucho que ver con la sorpresa. Vemos a un señor muy serio que va por la calle, o mejor, vemos a un obispo o una testa coronada. La situación es seria, solemne, trascendente, y, de pronto, *plaf*, tropieza y se cae: grandes carcajadas. Esta es la risa de lo imprevisto, de lo incongruente, si uno prefiere. Sin embargo, como dicha situación humorística tiene que ver con la sorpresa, se trata de un humor simple y a la vez tiene fecha de caducidad. Lo que quiero decir es que, por ejemplo, cuando yo era niña me hacían muchísima gracia las películas del Gordo y el Flaco. Este es un prototipo clásico de humor que se ríe de otros y que está basado en la sorpresa. Pero precisamente porque está basado en la sorpresa, me reí muchísimo la primera vez que vi, por ejemplo, cómo a alguien muy serio y respetable resbalaba en la consabida cáscara de plátano o le tiraban una tarta de merengue a la cara. Mi hizo gracia porque era imprevisto, sorprendente, *nuevo*. Ahora cuando veo semejante escena, no me hace ninguna gracia ¿Qué ha cambiado, si la situación es la misma? He cambiado yo, «chiste repetido sale podrido», decían los niños en mi colegio, y es verdad, hay un humor fácil y elemental que sólo hace gracia a los niños y a los simples, es el basado en la sorpresa. Una vez que ésta desaparece, desaparece el humor.

El segundo tipo de humor del que les hablaba, es decir el que se ríe de uno mismo, es mucho más difícil de provocar. Es, a mi modo de ver, más un humor de sonrisa que de carcajada. Cuando leemos a Wodehouse, a lo mejor nos arranca una carcajada de vez en cuando, pero la actitud más habitual es leer con una sonrisa en los labios. Bertie Wooster es, por supuesto, un panoli, y tal vez nos ríamos *de él* de vez en cuando, pero sobre todo nos reímos *con él*. Nos identificamos más con Bertie que con el genial Jeeves, que se nos antoja mucho más inteligente que nosotros. Al leer a Wodehouse, somos Bertie y no

Jeeves y nos encanta vernos retratados en nuestras tonterías menos gloriosas. ¿Quién no ha sido víctima de un novio o novia absorbente y tiránico que nos hacía la vida imposible?, ¿quién no tiene una tía Dalia en su vida ya sea en forma de pariente pesadísimo o amigo o jefe? El humor que se ríe de uno mismo, es, a mi modo de ver, más sutil, más generoso, y, por lo menos para mí, más redentor.

Esto es a grandes rasgos lo que puedo decir del humor en general. Después hablaremos de la diferencia entre el humor español y el inglés.

S E G U N D A P O N E N C I A

EL HUMOR EN LA NOVELA ESPAÑOLA
Y EN LA INGLESA (II)

Marqués de Tamarón

ESCRITOR Y DIPLOMÁTICO

Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Carmen Posadas, pero no con lo que dice Unamuno. Unamuno se caracterizaba porque era incapaz de reírse, no ya de él mismo, que de eso casi nadie es capaz, pero desde luego de nadie más salvo por un sistema y es que hacía bolitas con el pan en los banquetes y se las tiraba a los demás comensales, lo que daba pruebas de un sentido del humor exquisito. También le gustaba hacer pajaritas de papel, pero ahí se reía de las pajaritas, no de la gente. Creo que la frase de él tiene su miga. Y la voy a repetir porque la leíste muy deprisa y es totalmente falsa, como todo lo de Unamuno: «La comedia es una forma de matar el tiempo, del mismo modo que la esencia de la tragedia es matar la eternidad». Creo que es justo al revés: la tragedia es la que mata el tiempo, porque lo abole, lo declara abolido y nos lleva a la eternidad, que da vértigo. En cambio, la comedia lo que intenta matar es la eternidad con la risa o, al menos, olvidarla. Pero, en fin, vamos al rótulo que no está ahí puesto, pero que lo tenemos por aquí, que creo que es necesario para no dispersarse. Aquí dice «La dimensión cultural en la Unión Europea». Yo creo que eso, por de pronto, lo que quiere decir es que existe una dimensión cultural, que se supone importante. Me gustó cuando anteriormente Sir John Elliott hablaba del proyecto de la Ilustración, del que tantas veces hemos oído decir, un proyecto fracasado después de lo que los herederos de Rousseau y Hegel (tanto los

comunistas como los nacionalsocialistas) hicieron, pero, bueno, el proyecto de la Unión Europea no está fracasado, sorprende la realidad que ahí está, pues descansa sobre varias cosas y desde luego la dimensión cultural es importante. Lo que ocurre es que, fíjense en el modesto rótulo de lo que íbamos a hablar o estamos hablando Carmen y yo: «El humor en la novela española y en la inglesa». No dice el humor en *la novela española e inglesa*. Y no lo dice porque son dos humores totalmente distintos. Eso tiene su importancia, porque eso lo que quiere decir es que el humor de la novela inglesa, que incluye claramente la americana, es claramente distinto del humor en lengua española, que incluye el otro lado del Atlántico —aunque me parece que Carmen no está de acuerdo y dice que hay peculiaridades muy notables, y las habrá, pero desde luego es más parecido al humor de la novela española el humor de la novela argentina (salvo Borges que, como todos sabemos, era islandés o inglés, según los días), que el humor finlandés, que aunque yo no he leído nada en finlandés me imagino que tiene poco que ver con nosotros—. El asunto, insisto, tiene importancia porque si no hay humor común es porque no hay lengua común en la Unión Europea. Y si no hay lengua común, ¿puede haber una Unión? Los padres fundadores de los Estados Unidos veían claro que tenían que tener una lengua en común y la tenían. Nosotros no la tenemos. Se podría argumentar que si no nos reímos igual ¿cómo vamos a tener un futuro común? Pero quizás habría que argumentar que, aunque es cierto que el humor es tan distinto en cada rincón de Europa, en cambio se llora igual y que, en el fondo, la Unión Europea, lejos de estar fundada sobre un instinto común de la risa, está fundada sobre el miedo a volver a las andadas. En ese sentido no tenemos un humor común pero sí tenemos tragedias comunes.

Siguiendo con el rótulo que nos obliga, creo que en el fondo y antes de hablar de las diferencias entre el humor de la novela, que no sé por qué hemos puesto lo de novela porque el humor en España se refugia en la comedia, en Inglaterra hasta cierto punto también y es muy distinto del de la novela. Cuando se dice que no hay humor en España es verdad que no hay novela de humor, salvo humor negro, humor amarillo y humor muy cruel a veces. Pero la comedia no, la comedia española, sobre todo la del Siglo de Oro, es totalmente distinta de la novela. Pero es que, además, si nos remontamos a los albores de Europa, en todas partes había un humor muy cruel y muy brutal. En el fondo

era mucho más cruel que la épica, porque la épica era una forma aristocrática. El humor popular no lo era; probablemente era mucho más sincero o no se hacía ilusiones sobre la realidad. En la épica, pero también en la tragedia, los horrores que ocurren —y en ese caso tiene razón Angela Carter que decía que «la comedia es una tragedia que le ocurre a otro»— eso es cierto. Lo que ocurre es que la tragedia, en los módulos clásicos, sólo le ocurría a la gente principal. Y digo principal porque príncipe y principal tienen la misma raíz. Y a los otros no, para los otros eso no era una tragedia. Los horrores que pasan en la novela picaresca, que hay que tener corazón de piedra para leerla sin sobrecojerse, no tenían la menor importancia porque le pasaban a los pícaros, que era gente muy mala. Por eso es revolucionario el *Quijote*, porque, por primera vez, esos horrores, esas humillaciones, esas crueldades, esos chistes marrones, amarillos y verdes a veces, le ocurren a un hidalgo pobre, pero un hidalgo loco. De ahí la crueldad de la novela de Cervantes *Don Quijote*. No creo que tenga igual en la literatura española, ni en la universal, es algo tan duro que los críticos, que no se atreven a afrontar esa realidad —salvo algunos pocos como Unamuno y Nabokov— lo resuelven, bien sea no leyendo el *Quijote*, bien sea diciendo una cosa que es palmariamente falsa y es que Cervantes se va encariñando con el personaje. Si eso fuera verdad no le haría recuperar el juicio al final, que es ya el colmo de la crueldad, eso es regodearse con las tribulaciones del personaje. Y es así y no merece la pena dar muchas más vueltas.

Claro que en aquella época Rabelais tampoco se quedaba atrás en crudeza, e incluso en Inglaterra había ejemplos de brutalidad extraordinaria. Paralelamente a eso, la comedia, en cambio, que se estilaba en España, Inglaterra, Francia, Italia y en todos los lados, era un género mucho más palaciego y mucho más refinado. Y ahí sí había un humor que no solía ser cruel.

Pensaba yo preparando estas notas, aunque seguramente se le haya ocurrido a más personas, que en el fondo con el *Quijote*, con esa misma historia, se podía haber hecho una tragedia. Lo está uno viendo, el Rey Lear de la Mancha. Se vuelve loco, ve visiones, lucha contra los gigantes que resultan ser molinos. Pero claro, si esta novela hubiese sido una tragedia, hubieran sido gigantes; no lo era, tampoco era una comedia, era una burla muy cruel que se mofa de todo impulso noble. Hay dos cúspides en el *Quijote*, que dicho sea de paso claro que es un libro genial, porque naturalmente Cervantes era quizás el

mejor novelista que ha habido jamás y uno de los hombres más crueles también, acaso porque él también sufrió grandes crueldades en la vida, pero eso es aparte, se burla de todo impulso noble y a ese respecto hay un ejemplo tremendo, al principio de la novela, que es una parte que casi todo el mundo ha leído porque luego la dejan —las cien primeras páginas la gente las suele leer incluso hoy en día—. Se encuentra con un hombre muy malo que está azotando a su criado, lo tiene atado a un árbol. Entonces él interviene y defiende al muchacho y huye el amo cruel. Don Quijote se queda muy contento porque ha cumplido con el deber de caballero andante. Andando la novela, no mucho después se topa con el chico que se acerca y le dice: «Por favor, si otra vez ve que ocurre esto, déjeme tranquilo, no se meta a ayudarme, porque mi amo después me ha pegado muchísimo más». Es el colmo de la mala sangre, el reírse de un impulso noble de un hidalgo, loco, claro. Luego la otra cúspide de *don Quijote*, es cuando Sancho Panza le mira la boca para ver si le han roto muchos dientes en alguna de estas barbaridades que le pasan y entonces, no sé por qué, le vomita a su amo dentro de la boca y él le vomita a él. Luego decimos que las películas de Torrente, que son las que más se ven en España, son falsas. Son absolutamente auténticas, eso es lo que a la gente en verdad le divierte, pero no sólo aquí sino en todo el mundo universal. El motivo es que este tipo de humor español (que coexiste con el humor teatral tan distinto) no es de clase media, cosa que sí es en general el humor de la novela inglesa.

Quiero recordar que sólo se ve una parte de la literatura española, entendida desde esta perspectiva del humor, cuando se piensa en la novela, porque claro, viene a la mente el *Quijote* y hasta cierto punto las *Novelas ejemplares* que son muy distintas y que tienen mucho menos humor y sí la picaresca que es igual de atroz. Pero nos olvidamos de la comedia que es mucho más amable y que desde luego llega hasta el siglo XX con una brillantísima pléyade de comediógrafos, como Mihura o Jardiel o Muñoz Seca, que mezclan lo surrealista con la ternura y con la gracia, y antes toda la comedia de capa y espada que es una forma cortesana de la literatura.

Dicho todo eso, me permito volver a repetir que las diferencias son mucho más aparentes que reales, porque en el resto de Europa existen y coexisten las mismas tendencias, sólo que quizás se le da más importancia a unas que a otras, en Francia, en España, y en Alemania no digamos, o en la misma Inglaterra.

Ayer y para terminar este apartado, me hizo una admonición un hombre que era el retrato de Sancho Panza visto por Gustavo Doré, verdaderamente la vera efigie. Fue en el campo. Yo estaba trajinando allí. Como oigo mal, él estaba gritando en la puerta porque quería decirme algo (es mi vecino). Y yo no oía nada. Al final lo oí, me acerqué para abrir y le dije: «Usted perdone, como estoy medio sordo no lo había oído». Se me quedó mirando, muy digno, como diciendo: este tío es tonto. Me dijo: «Sabe usted, no hay por qué dar a conocer las propias faltas de uno». En fin, comprendí que eso excluye ese ramalazo inglés y americano que llaman *self deprecating*. Y no digamos el *self derogatory*. Aquí es absolutamente impensable, porque al que es tan idiota como para hacerlo lo consideran eso, un imbécil. Para eso está el vecino, para decir: sabéis, mi vecino está sordo. Él, por cierto, está cojo. Yo no le dije nada pero me hizo mucha gracia, porque era Sancho Panza, de pronto serio, de pronto digno y, sobre todo, defensor del decoro. Y quizás esa sea la esencia del humor literario español en que por un lado está el decoro y por otro lado la transgresión irresistible, cosa que a veces comprende uno. Gracias.

Y ahora me atrevo a comentar la segunda intervención de Carmen Posadas:

Es verdad que las mujeres en la literatura española consiguen un humor donde se burlan de ellas mismas, cosa que a los hombres no les gusta hacer. Hablando ayer por la tarde, mientras preparaba esta sesión con Julia Escobar, le pedí un ejemplo claro y el más señero para ella y, curiosamente, citó como Carmen Posadas a Emilia Pardo Bazán. Lo que pasa es que me contó un cuento, que yo no he leído nunca, que se llama *La mayorazga de Bouzas*; debería contarlo Julia luego, pero como ya tendrá otra ponencia prevista, quiero decirles que es una historia absolutamente tronchante, probablemente autobiográfica según Julia, porque la tal mayorazga de Bouzas representa a un tipo de mujer con mucho temple y mando en plaza, fea, gorda, que coge su caballo porque sospecha que su marido la engaña y, en efecto, lo encuentra con otra y desoreja a la otra, lo cual tiene mucha gracia, supongo que para doña Emilia, que debió de sufrir bastante con su marido, y quizá él con ella. Pues bien, hay ejemplos notables en la literatura española de hoy de mujeres que se ríen de ellas mismas, la propia Julia Escobar en *Nadie dijo que fuera fácil*, una novela muy entretenida pero

con mucho drama y por la que la acusaron de machista porque se reía de sus congéneres. Carmen Posadas en su libro de *Pequeñas infamias*, que le valió el Premio Planeta, y en otros libros suyos, también mezcla el humor y el reírse, reírse de lo suyo y de los demás también, desde luego, con lo más dramático.

Pero es que ayer ocurrió —todo me pasó ayer y no me resisto a contarlo— que leí en el ABC dos artículos y luego leí unos poemas de Dorothy Parker. Un artículo era de Carmen Posadas, «La eterna guerra de los sexos», y había otro, también muy divertido, que se llamaba «Más que animal de compañía» de Rosa Belmonte, a quien no tengo el gusto de conocer por lo que nadie me puede acusar de darle coba. Y ambos artículos son típicos de mujeres con sentido del humor, capaces de burlarse de ellas mismas y de lo que son ellas y su época y su mundo. Y la mejor manera de describirlos es, si ustedes me lo permiten, que les lea dos poemas muy cortos de Dorothy Parker, la mujer con más sentido del humor de la literatura en lengua inglesa, salvo en una cosa, fue militante del partido comunista americano. Siendo millonaria realmente demostró que tenía poco sentido del humor en eso, pero en fin lo hizo. El primero resume el artículo de Carmen y dice:

Ultimatum

I'm wearied of wearying love, my friend,
 Of worry and strain and doubt;
 Before we begin, let us view the end,
 And maybe we'll do without.
 There's never the pang that was worth the tear,
 And toss in the night I won't —
 So either you do or you don't my dear,
 Either you do or you don't!
 The table is ready, so lay your cards
 And if they should augur pain,
 I'll tender you ever my kind regards
 And run for the fastest train.
 I haven't the will to be spent and sad;
 My heart's to be gay and true —

Then either you don't or you do, my lad,
Either you don't or you do.

El artículo de Carmen era menos feroz pero por ahí iba. Luego el de la señorita Belmonte, donde hablaba de los animales con una ferocidad políticamente incorrecta también, se resume en cuatro versos de Dorothy Parker que se llaman

Thought for a Sunshiny Morning

It costs me never a stab nor squirm
To tread by chance upon a worm.
"Aha, my little dear," I say,
"Your clan will pay me back one day."

Bueno, pues con ese sentimiento, muy poco franciscano debo decir, muy poco políticamente correcto pero muy real, yo ya no puedo añadir nada más sin que me detenga la Guardia Civil enseguida.

Así que sigan ustedes, señoras, por ese camino de regeneración de la literatura patria. Ánimo.

T E R C E R A P O N E N C I A

NARRATING BRITAIN INTO THE 21ST CENTURY:
BACKWARDS? FORWARDS? SIDeways?

Prof. Randall Stevenson

HEAD OF ENGLISH LITERATURE, UNIVERSITY OF EDINBURGH

If one had to choose a single figure who sums up British national consciousness in the later twentieth century—and still in the twenty-first—there would be only one candidate. That candidate is James Bond—first appearing in Ian Fleming’s novel *Casino Royale* in 1953, and in films from *Dr No* in 1962 all the way to the new Bond movie (also *Casino Royale*) due for release this month. The immense popularity of these films and novels is certainly owed to pacy, sexy, exciting narrative. But it is also owed to imagined reassurances they have offered British people. Patriotic, charismatic and invincible, James Bond maintains within imaginative fiction—in secret, through ‘British intelligence’—an international influence and world power rapidly diminishing, in reality, when the stories first appeared, and mostly in decline ever since. A classic scene is especially telling in this way. Just after Bond has heroically triumphed over some villain or crisis, a CIA agent usually turns up—fat, sweaty, and breathless—to demand in amazement who has done his work for him. He always receives the same suave reply: ‘the name’s(h) Bond. James(h) Bond. British Intelligence’. If any proof were needed that Britain resented replacement as dominant world power by the United States—almost as much as it feared annihilation by Cold War enemies—then Bond surely provides it.

Popular, consoling, wish-fulfilling narratives of this kind can be found throughout European cultures, including, no doubt, in Spain. Another especially clear example is provided, in France, by *Astérix* stories. Like the Bond movies, these first appeared in the early 1960s, clearly sharing the same compensatory function. Overrun in two world wars, and losing its last remnants of imperial dominion in the sixties, France was naturally disposed towards stories about a village's invincible resistance to foreign invaders. The superiority of its Gallic inhabitants to neighbours, in Europe and beyond, provided a further attraction. Like Bond, *Astérix* and *Obelix* are great travellers, and like Bond, they always have a CIA-moment, or, rather, a Euro-sceptic one—a moment when they judge that whatever country they are in is sadly senseless when compared to Gaul. '*Ils sont fous ces . . . Anglais . . . ces Allemand . . . ces Egyptiens . . .*' etc is their cheerfully and invariable conclusion, though one maybe justified, in culinary terms at least, when they visit Britain.

Further discussion of British cuisine, or popular narrative in James Bond or *Astérix*, might have much more to show about this conference's interests in European unity and Euro-scepticism. It's useful anyway to *begin* with popular narrative, as it reveals stresses which have wider—if covert—influences on contemporary consciousness in the countries concerned, strongly shaping culture, imagination and fiction. In order to trace this kind of shaping into twenty-first century British narrative, I will look briefly at three novels, each published in the last eighteen months or so, and ask how far each remains, if you like, in Bond-age—how far each extends or amends patterns evident in stories of James Bond. Another way of raising such questions would be to ask whether these novels look backwards, forwards, or sideways on the worlds they envisage and explore.

Sarah Waters's *The Night Watch* (2006) illustrates the first possibility—of looking backwards at Britain, and particularly of looking back to the Second World War. This is a preference widely shared among recent British authors, and one which clearly does correspond to the impulses behind the Bond narratives already discussed. Bond compensates for lost British power and confidence by recreating each in a kind of fantasy. Comparably, many recent novelists look back on the war years, not necessarily as a period of military success, but at least as a time of unusual national unity, commitment and common purpose. Even

novelists less affirmative about the experience of the war nevertheless figure it as a time of extraordinary intensity: a determinant of later experience; a centre of gravity which influences the structure of narrative as well as the lives it presents. Such influences on structure might be most easily illustrated not by a novel but a play—David Hare's *Plenty* (1978), which begins in the present of the 1970s and regresses, scene by scene, to a primal moment of optimism, on VE day in 1945. But similar examples in fiction are not hard to find. Martin Amis's *Time's Arrow* (1991) or Graham Swift's *Last Orders* (1996) belong in a way to this idiom, and other examples of it will be discussed later.

Sarah Waters's novel is one of them. *The Night Watch* is obviously deeply retrospective, generally, in continuing to look back, thirty years after David Hare, on the period of the Second World War. It is also retrospective, or regressive, internally and structurally. Its first section is set in 1947, the second in 1944, and the third in the heroism of the London Blitz in 1941, the two later sections each revealing the origins of events and relationships described in the first. But as well as extending this familiar pattern, Sarah Waters also significantly deviates from it. The heroes of 1941 and 1944—specifically, an ambulance crew—are not male servicemen, but women, and relationships the novel depicts—at least those it depicts affirmatively—are invariably lesbian. Rather like Martin Sherman, in his recently-revived play *Bent*, Waters appropriates for homosexual relations familiar feelings about wartime and the solidarity and altruism it engendered. The effectiveness of her redirection of these feelings confirms how deeply engrained they remain, even sixty years after the war, and how much patterns of retrospection appeal to British novelists as a result.

These patterns also figure strongly in some of the work of my second novelist, Ian McEwan, evident in *Atonement* (2001), with its long description of the retreat from Dunkirk in 1940. The pattern is still clearer in McEwan's *Black Dogs* (1994), which looks back across historical events including the fall of the Berlin Wall and the concentration camps, but concentrates, like David Hare, on a defining moment at the end of the war, and on its consequences for later life. Yet McEwan's writing is by no means confined to this kind of pattern, and his most recent novel, *Saturday* (2005), looks forward more than back. It isn't a promising direction, though. *Saturday* is a darkly prescient novel, preoccupied by contemporary political stresses and their

likely consequences within individual life. The novel is set on the Saturday which saw the biggest demonstration ever held in London, against Tony Blair's commitment of British forces to the war in Iraq. *Saturday* begins with McEwan's hero imagining he is witnessing the kind of terrorist attack which he assumes—rightly, as it turned out—will be the consequence of Blair's policy. No such terrorist act actually occurs in the novel, which was written and published before the London bombings of 7 July 2005. Yet its hero's encounters with brutal crime strongly highlight the precariousness of any individual or private sphere within an increasingly violent, turbulent world.

As resistance to its threats, McEwan emphasises the private virtues of love and family solidarity, along with the potentials of human ingenuity, and ultimately of art itself. Poetry is envisaged as a genuine antidote to violent intentions, and music sounds throughout the novel, a repeated counterpoint or alternative to the disorderly events it confronts. A further alternative is provided by McEwan's measured, sustained representation of the thoughts of his hero. Like modernist writing earlier in the twentieth century, the novel finds in inner consciousness itself a private sphere partly immune to the chaos of a wider world. Modernist legacies—as well as an emphasis on the contemporary—are also evident in McEwan's confining his novel, like Joyce and Woolf, to a single day of consciousness. Looking forward nervously on the political future, in other words, seems to require McEwan to look back for the most ingenious formal resources he can find. Yet he also introduces new uncertainties about their effectiveness. His hero, a neurosurgeon, naturally considers consciousness and the mind neither inviolable, nor immune to drastic intrusion and reshaping. Graphic descriptions of neurosurgery, throughout *Saturday*, contribute to wonder at human ingenuity, but also to a concern that despite the sophistications of modern technology—or often because of them—there is no longer any space at all in the contemporary world which is safe, closed or secure.

Insecurity of this kind is still more apparent in Ron Butlin's *Belonging* (London: Serpent's Tail, 2006). Broadcasts in the background regularly remind his characters, and readers, that 'we might get blown up at any moment . . . we're not safe anywhere'. The novel ends with its hero—living in a remote, supposedly paradisaical part of Catalonia—translating to himself from a radio news bulletin

the words ‘*Madrid, muerte, dos cien, bomba, estación...*’ (pp. 210-11, 239). Yet even before this shocking intrusion from the outside world, his Catalan paradise has proved an unreliable one; infested with snakes, and disfigured by the misguided plans of an aptly-named American, Marshall. Clues like that invite an allegorical reading of Butlin’s novel, suggesting a Europe ultimately defiled by collusion with the USA, however well intentioned this might once have seemed. But Butlin’s novel is primarily psychological rather than allegorical, using the horrors of a wider world as emblem and amplification of those within the self—further obstacles to the security or ‘belonging’ of the title. Neither in relationship, solid selfhood, nor even domicile, is this ‘belonging’ ever available to Butlin’s characters. Orphans, wanderers, Eurostar-crossed lovers, they are at home as much—or, crucially, as little—in the Swiss Alps, in Paris, in Catalonia, or in Edinburgh.

Edinburgh origins are nevertheless an especially significant aspect of their condition, and of the vision of their author. Orphaned, rootless characters are apt representatives of a country—Scotland—which lacked its own parliament for two hundred years, continues to lack full statehood, and still finds itself looking on from the margins of Britain at a central government, media culture, or general outlook which it both partly shares and partly resents. Challenging politically, such conditions may be enabling artistically, as the restless imagination and vivid description of *Belonging* help to suggest. Looking sideways at a culture, as a partial outsider, may offer unusual potentials for objectivity, and for fresh or specific vision. Such potentials are obviously available not only to Scottish writing, but more widely within other partly-divided nations or national conglomerates—perhaps arising, for example, from relations between Barcelona and Madrid. As Europe’s centralising, agglomerative tendencies gather momentum, it may be that potentials for sideways vision—for reassertion of the local and singular—likewise continue to develop strongly, not only within the so-called United Kingdom, but elsewhere, too.

What might this brief survey of three representative British novels most contribute to this conference? Firstly, it suggests that there cannot be a single European cultural identity. Imaginative impulses underlying *Astérix* and

James Bond are comparable, but identical neither in origin nor result. Historical forces have impacted at very different angles on imagination in various European countries, producing—inevitably, and probably fruitfully—different visions, needs and traditions in each.

Second, almost any encounter with contemporary European culture—certainly in the three novels mentioned—reveals elements of historical trauma, whether extending from the cataclysm of the Second World War, or from deep insecurities created by more recent conflict. In avoiding future cataclysm and conflict, and in negotiating a destiny freer of US influence, more mutual, collective understanding within Europe seems essential. Art and culture are surely crucial components in creating it.

Given these conflicting priorities—of inevitable diversity, but desirable mutuality—it might be apt, after beginning with Bond, to end with Beckett: appropriately, a franco/anglophone Irishman who mostly worked in Paris. Rather as Beckett suggests at the end of *L'Innomable* (1952), in pursuing common cultural policies, we can't go on, we must go on, we'll go on.

ESCRIBIR DESPUÉS DE...

D.^a Julia Escobar

ESCRITORA Y CRÍTICA LITERARIA

Quisiera agradecer al marqués de Tamarón los elogios que me ha prodigado. Le agradezco también sus referencias a mi sentido del humor. Creo, como él, que el humor es una característica europea y me parece que hay más comunidad humorística europea de lo que él cree. También me ha gustado mucho la intervención del profesor Stevenson pues, además, he creído ver que conecta un poco con la ambigüedad del título de mi ponencia, «Escribir después de...». Efectivamente, él nos ha mostrado varios ejemplos de lo que es escribir después de... algo. Como digo, muchos de ustedes, al leer este título, se habrán quedado, como poco, perplejos y seguro que lo primero que han pensado es que voy a largarles un discurso político, condicionada por el recuerdo de aquel interrogante que Adorno lanzó al mundo: ¿Se puede escribir poesía después de Austwisch?, o, como muchos han formulado últimamente: ¿Se puede escribir igual después del 11-S? El profesor Stevenson ha dado tres ejemplos de novelas escritas tras algún acontecimiento traumático, en este caso, el terrorismo del IRA, y todas ellas suponen un cambio de perspectiva política, histórica y moral para sus creadores. Aprovecho para señalar que en España los escritores metabolizan los grandes traumas con una lentitud sospechosa, de forma que hay muy pocos casos en los que el terrorismo forme parte de la ambientación de una novela, y mucho menos que constituya el eje central.

Con todo, a lo que yo me refiero con esos puntos suspensivos, es al reto que supone escribir después de alguien, en realidad, escribir después de todo lo que se ha escrito anteriormente, de todos los fantasmas literarios que arrastramos, todo ese conocimiento acumulado a través del tiempo y que acaba siendo una especie de losa o de sombra, como en esa magnífica caracterización que hace Proust del príncipe de Guermantes al final de su laboriosa búsqueda del tiempo perdido. Lo describe como si su sombra estuviera hecha de los sucesivos estratos de sus antepasados y la paseara como un manto. Esto entronca con lo que dice George Steiner de que escribimos a través del tiempo, que vamos asimilando y digiriendo todo lo que se ha escrito y formulado anteriormente y que lo incorporamos, de manera implícita, consciente o no, no sólo a nuestras obras, sino también a nuestras lecturas. Porque antes que escritores fuimos lectores, e incluso aquellos escritores que no leen, están impregnados del aire de los tiempos, y eso en todas las formas de expresión.

Estamos, pues, lastrados por nuestro pasado, condicionados por nuestro presente y aterrados ante nuestro futuro que, parafraseando a Flaubert, se nos presenta muchas veces como lo peor del presente. Por otra parte, la correa de transmisión de estos influyentes escritores no es siempre muy ortodoxa y el filtro por el que han llegado hasta nuestro oído, por el que nos han ido enriqueciendo o lastrando, es largo y dificultoso. Muchos de ellos no fueron famosos en vida, no son aquellos por los que sus contemporáneos hubieran apostado. Esto nos pasa también a nosotros; somos incapaces de juzgar si lo que se escribe ahora va a tener una proyección en el futuro. Por ejemplo, Proust reprochaba a Sainte Beuve, el crítico más temido e influyente de su época, que no hubiera hecho caso a Stendhal, cuya valía nadie discute ahora, y en cambio, ensalzara a escritores completamente coyunturales de los que nadie guarda memoria. Hizo falta la paciente lectura de muchos disidentes de la cultura para que pudieran llegar a los altares ciertos autores que hoy consideramos de culto.

A ellos es a quien me refiero en mi inacabado título. En ellos pienso... en Proust, en Joyce, en Joseph Roth, en Kafka. Pienso en autores de los que me dirán: ¡pero si son famosísimos!; pero no lo fueron en el momento mismo en que escribían. Muchos no llegaron al público o, si eran populares como Roth, no fueron valorados por la crítica de su tiempo. Desde luego, no fueron reconocidos

como las autoridades indiscutibles que ahora son, ni influyeron demasiado en su época. Para no hablar de otros aún más minoritarios, como pueda ser el francés Emmanuel Bove o el suizo Robert Walser. Por supuesto, el gran ejemplo es Kafka. Todos sabemos que no publicó prácticamente nada en vida. De su primer libro sólo se tiraron ochocientos ejemplares y, de vivir ahora, en esta época de edición sin editores que nos aflige en Europa y en España y no sé si en América, pero me imagino que también, eso le descalificaría por completo, obsesionados como están por el mercado y los resultados.

De estos escritores lo que más me importa no es el lenguaje. El lenguaje es personal e intransferible, como las huellas digitales, y al ser traducido (y estos autores lo son constantemente) pierde su identidad. Lo que me importa es el modo de narrar, lo que en los talleres de escritura se enseña como «técnicas narrativas». Lo que estos escritores cambiaron fue la manera de novelar. Supieron adaptarse a su tiempo más rápidamente que sus críticos y sus lectores. Y esto nos serviría para entender en qué han influido a los escritores Austwich, el 11-S y todas las tragedias históricas; sus novelas se hacen más testimoniales y menos ejemplares. Esta sería una de las consecuencias. Todo el mundo sabe que después de Joyce, Kafka, Proust, hay cosas difíciles de hacer sin citarles. Si yo me tropiezo un día con un episodio olvidado de mi infancia que reaparece al comer u oler algo por casualidad (y hay muchos casos en literatura), no puedo olvidar que fue Proust quien consiguió formular este sentimiento elemental de forma tan rotunda, tan definitiva, que si pretendo describirlo me veré obligada a citarlo o a mejorarlo, o a callarme y pasar a otra cosa.

Lo mismo ocurre con Flaubert. Él introdujo una manera de narrar empapada por el espíritu del tiempo. Su técnica narrativa, es por otra parte, la técnica descriptiva que utilizará toda la novela del siglo XIX. Consiste en describir varias cosas simultáneamente para dar una sola impresión de conjunto. Nabokov se refería a esta manera de narrar de Flaubert como «la técnica del contrapunto». Por ejemplo, en la escena en que Emma Bovary coquetea con el aspirante a amante de turno (objetivo principal del argumento), su silenciosa maniobra de seducción, el cruce de miradas, la mímica amorosa de ambos quedan espléndidamente realizadas, se podría decir que musicalizadas, por la trivialidad de los discursos y el ruido de fondo de la feria que se celebra en ese

Escribir después de...

mismo momento. Esto lo aprendieron a hacer perfectamente todos los novelistas europeos del momento —y después citaré unos cuantos— porque era el momento de hacerlo, porque era necesario hacerlo, para transmitir algo que no se podía transmitir de otra manera, para causar esa aguda sensación de fugacidad, de presente. No había fotografías, no había cine, sólo palabras. Esta técnica, que posiblemente inventó Flaubert o que en él está más depurada que en otros, la bordaron en España los escritores realistas, en particular Galdós, Clarín y doña Emilia Pardo Bazán, Manzoni en Italia, Eça de Queirós en Portugal y Tolstoi y la mayoría de los novelistas rusos del XIX. Todos ellos utilizaron una manera de narrar que nunca podrá obviarse. Nos enseñaron, pero quienes mejor aprendieron fueron los cineastas. Tal vez porque la cámara suple a la palabra descriptiva, superándola, no podremos volver a escribir, o mejor dicho, a describir, de esa manera.

Pero aunque seamos deudores del pasado, para que su lección sea eficaz tal vez deberíamos olvidarlo. Para hacer algo con soltura lo mejor es practicarlo. Nadie sabe por qué recita de memoria la tabla de multiplicar ni los detalles de su aprendizaje, pues como le dijo Stendhal a Mérimée cuando se disponía a aprender griego ya mayorcito: «Cuando uno está en plena batalla, no puede detenerse a leer las instrucciones de uso de las armas». En efecto, si cada escritor no se atreviera a revalidar el mundo, a reinventar las palabras ni a encararse al presente, si se aferrara servilmente a lo que se ha escrito antes, se quedaría mudo, paralizado por el empeño. Por mucho que los críticos literarios y los especialistas intenten hacernos creer que las escuelas y las corrientes literarias siguen ciertos preceptos, lo que realmente influye a los creadores es el aire de los tiempos, incluso el de los tiempos pasados. Depende de muchas cosas que tienen que ver con cada escritor particular. Esta es otra de las perplejidades que les lanzo: ¿Para qué escribir si ya está dicho todo? Voy a remitirme a George Orwell, a quien preocupaba mucho este tema. Según él, el primer motivo es la ambición. La mayoría de las personas abandonan toda ambición de sobresalir en la vida más o menos a los treinta años, excepto el escritor que la conserva intacta hasta el final. En segundo lugar, el entusiasmo estético, el deseo de compartir con los demás una experiencia que se supone valiosa. El escritor teme que pudiera perderse sin su intervención. En tercer lugar, el impulso histórico, el deseo de transmitir a la posteridad las cosas «tal como son» o como

el escritor cree que son y, por último, el propósito político de empujar al mundo en cierta dirección y de alterar la idea que puedan tener los demás de la sociedad a favor de la que uno tiene.

En suma, y no sé si estarán ustedes de acuerdo conmigo, antes, ahora y después escribimos por una razón de supervivencia, del mismo modo que procreamos o trabajamos. Escribimos porque estamos vivos, porque somos testigos y porque hay que seguir adelante.

Muchas gracias.

3ª SESIÓN

POLÍTICAS CULTURALES EN LA UE:
PROGRAMAS ACTUALES E IDEAS
PARA UNA ACCIÓN FUTURA

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Alfons Martinell Sempere

I N T R O D U C C I Ó N

D. Alfons Martinell Sempere

DIRECTOR GENERAL DE RELACIONES CULTURALES Y CIENTÍFICAS
DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL (AECI)
DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN

Muchas gracias por la invitación a moderar esta mesa sobre un tema tan importante como las políticas culturales en la Unión Europea y acompañado de estos tres expertos ponentes.

Antes de presentarlos, me permitirán hacer una pequeña reflexión. Se atribuye a Jean Monet la celebre frase de «si volviera a construir Europa, la construiría desde la cultura». Es una frase que puede sonar muy bien y tiene un significado pero no es una frase muy afortunada por ser incompleta, porque también se construye la cultura desde lo político y lo económico. En el contexto actual, quizás es mejor que lo político, lo económico, lo social y lo cultural avancen de forma paralela. Pero sí es verdad que esta reflexión nos permite un cierto diagnóstico, que nuestros ponentes profundizarán, sobre la timidez y casi abandono que ha tenido la Unión Europea en abordar los temas culturales. Básicamente por la importancia que tienen los temas culturales en las políticas nacionales pero, sobre todo, por la dificultad de construir esta identidad cultural común europea que, como dice Castells, como una «identidad de proyecto», porque no es una identidad basada en diferentes antecedentes históricos comunes sino por una voluntad de construir una identidad actual europea de acuerdo con la importante labor de la Unión en los últimos años. Pero hemos de aceptar que su política ha sido tímida, pobre en recursos y, a veces, no ha tenido el valor de correr el riesgo que requiere trabajar en los temas culturales.

Esto adquiere más importancia cuando en el contexto de las relaciones internacionales, no solamente las comunitarias, los factores o dimensiones culturales de ciertos conflictos o tensiones, tienen una importancia significativa. Hoy en día no es fácil establecer un buen diagnóstico sobre algunos de los conflictos importantes, que tiene nuestra comunidad internacional, sin ver alguna dimensión cultural o sin el predominio de una dimensión cultural sobre otra. Y eso es un tema que se tiene que tener en cuenta. Por esto cada vez más y en la última reunión en Helsinki de Directores Generales de Relaciones Culturales y Científicas de la U.E. se trató del papel que puede tener la diplomacia cultural como un elemento importante para favorecer relaciones de confianza, entendimiento y aproximación entre los estados, y sus sociedades, y esto creo que es un tema importante.

Soy de la opinión de que la Unión Europea ha sido muy tímida en el tratamiento de los temas culturales en la Constitución, para no entrar en ciertos debates que quizás políticamente no eran oportunos. Pero sí que es verdad que el potencial cultural de Europa no se aprovecha suficientemente como potencial conjunto ante otras regiones geopolíticas a nivel planetario, siendo este un tema pendiente y a considerar. Europa, con su gran potencial cultural, actúa con un cierto miedo ante el gran despliegue de EE.UU. o ante la gran explosión de las economías emergentes de Asia. Este potencial conjunto de una Unión Europea, con una economía y política integrada, no ha sido suficientemente aprovechado. Las políticas e industrias culturales europeas no han encontrado en la Comisión, en el Parlamento, un respaldo para hacer frente a este reto de la globalización y creo que esto es una cuestión a tener en cuenta en el futuro.

Por otro lado y teniendo en cuenta que tenemos en la mesa al Director del British Council, la política cultural exterior de los Estados de Europa, que es mi responsabilidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España, aún estamos haciendo tímidas aproximaciones para unirnos en una política exterior conjunta en materia de cultura. Hay algunos intentos, pero no se dispone ni de decisiones políticas ni recursos. Estamos desarrollando políticas culturales en el exterior basadas más en la realidad nacional que en la europea, porque no hemos encontrado la fórmula para una acción coordinada. Estamos iniciando una leve acción incorporando en agenda este tema, pero no hay la voluntad o la definición política que esto se ha de hacer, ni por tanto el

estudio de los instrumentos necesarios. Creo que esto es una debilidad que ha de subsanarse a corto plazo.

En nuestras relaciones con otras regiones geopolíticas, Asia Pacífico, África, Iberoamérica, nos identifican por nuestro país y por ser europeo. Pero no sabemos presentar este mosaico, tan bello, de diferentes lenguas y tanta dosis de diversidad, que es Europa, con aquel denominador común que se refleja en la pluralidad de la cultura cuando ya se ha producido una integración política y económica mucho más amplia. Creo que eso son problemas que tienen una gran relevancia, es un gran reto que tiene la Unión Europea, los avances que se han dado en otros ámbitos, en lo que afecta a Europa el ciudadano a nivel económico, social, legislativo, político es superior a lo que afecta a nivel cultural. Uno puede vivir culturalmente sin sentirse que forma parte de una realidad de integración que es la Unión Europea. Y esto creo que es un tema que nos ha de preocupar porque no ha habido suficiente visibilidad que Europa es un elemento de integración de las diferentes culturas que conviven en los diferentes estados que las componen.

Me atrevería a manifestar que quizás esta reflexión se puede relacionar con el reciente y polémico proceso de ratificación de la Constitución Europea. No se ha hablado nada de la cultura y como proceso de construcción política no ha buscado alianzas con la cultura, para la creación de los significados en relación a un proyecto político. En su momento el estado nación utilizó la cultura como herramienta de identificarse y, sobre todo, de crear los elementos simbólicos, representativos, para una nueva realidad política, tanto la creación de los estados democráticos como autoritarios, que utilizaron la cultura como herramienta política. Hemos observado la constitución de nuevos estados y repúblicas en nuestro continente, donde la cultura ha sido indudablemente importante. Y en la construcción de Europa esto no ha sido así y nos encontramos con unas políticas y unos programas, que ahora los expertos de la mesa analizarán, muy limitados, que no llegan al tejido cultural real y a los actores verdaderos de la cultura que son los artistas, los creadores, los intérpretes, los productores, etc. para darse cuenta de que estamos dentro de un marco que es más amplio que el nacional.

Considero estas reflexiones de interés para el debate y espero que nuestros ponentes, con sus aportaciones, nos ayuden a discutir y tal vez a contestar algunas de estas atrevidas afirmaciones que acabo de hacer y después de sus intervenciones, podremos continuar con un debate abierto.

P R I M E R A P O N E N C I A

PUBLIC DIPLOMACY AND CULTURAL RELATIONS
FOR EUROPE

Mr. Chris Hickey

DIRECTOR DEL BRITISH COUNCIL SPAIN

Quería empezar por decir muchas gracias al embajador de la Morena y a la Fundación Hispano Británica por su amable invitación. Muchas gracias.

Good afternoon, I'm going to talk briefly for about fifteen minutes about Public Diplomacy and Cultural Relations for Europe.

Now this is a topic of current debate in the United Kingdom as well as in many other countries. Public Diplomacy is a big theme in the United States especially but also in Germany, France and Spain. And it is about the role of Governments in Cultural Policy. I could have given a more provocative title to my talk and asked, "Do policymakers have any role in Culture?"

Because this is a live debate, the things I am saying now are my own personal views, but as I talk I will be using the British Council as an example because it is where I come from. I am talking about how the British Council is contributing with its vision to building Europe.

The first question I would like to address briefly is what is Public Diplomacy? Traditional diplomacy is, of course, about governments. I have heard our own British Ambassador define his job by saying, "As Ambassador, I manage the relationship between the UK government and the Spanish government". That is traditional diplomacy.

So the question is where do Public Diplomacy and Cultural Relations fit into that? Starting with Public Diplomacy in the modern world, governments have said: “We used to talk directly to other governments when we wanted to promote the interests of our country overseas; but we now recognise that the modern world is different.” Publics, people in the world, are much better informed than before. They have television, the Internet and cheap travel. They have opinions, they influence governments. So if the British Government wants to influence the Spanish government policy on a particular issue—climate change, for example—it may well want to talk to the Spanish people first.

Now that is a relatively new idea, I think. Traditionally cultural relations have been “people to people”. Certainly, in my career in the British Council, I have spent much more of my time building relationships between Civil Society and Civil Society: bringing academics together, journalists or heads of NGOs. So it has a different approach. If Public Diplomacy may be seen as “government messaging” perhaps, then Cultural Relations is really about the free exchange of ideas.

So these two things are there in our policy debates. If I can show you an example:

The British Council’s purpose, this is how we describe what the British Council is for: “Our purpose is to build mutually beneficial relationships between people in the UK and other countries”, and of course that part of it, “mutually beneficial relationships”, really is about cultural relations, bringing people together. But we do not put a full stop there, we carry on: “and to increase appreciation of the UK’s creative ideas and achievements”. This second section starts from direct benefit to our own country. I would not be so crude as to describe it as propaganda, because that has quite the wrong feel to it, but you see what I mean. It is actually starting from deciding first where our own interests lie, and taking it out to other countries.

May I show you another example, which is to do with Europe specifically? The British Council has a new strategy for Europe, which we are developing at the moment. When we talk to the British Government we have a mission for Europe. The Government will ask, “What are you doing with taxpayers’ money?” A reasonable question. We will talk to anyone in Britain and say that

our job is “Creating partnerships and networks in Europe for the benefit of the UK in the world“. And, we will stress that final part, “for the benefit of the UK in the world”.

Yet we also have a vision as part of our new strategy. Our vision covers what I say when I talk to my contacts in Spain, or to friends overseas. What the British Council is for is “working together to build next generation Europe”. So when we are looking outwards we adopt a more cultural relations feel. It is a wonderful example, I think, of British pragmatism where we ride two horses comfortably, and we do not actually try to resolve this debate to a definitive conclusion.

When it comes to what we actually do, another interesting thing, which is a big challenge for us at the moment, is that the British government has said, “Public Diplomacy is the way forward. We want to be assured that the British Council is following the government’s International Strategic Priorities. You get taxpayers’ money, you are working for the government.” And when I first read the International Strategic Priorities, I felt quite nervous, because they say things that you expect governments to say, things like, “We will have a very strong defence” and “The security of our country is very important” and “We will adopt counter-terrorism measures”. So then you start to think, “What can Public Diplomacy—and the British Council—do to contribute to International Strategic Priorities?”

But in fact they also contain a lot more about building economic and social well-being. We have taken those and reworked them into a new kind of format. The kind of Europe which we wish to help build, and which contributes to the British government’s International Strategic Priorities for a strong, economic and social context is described in this way: We want to build a Europe which is open and tolerant; a Europe which is competitive—and therefore we are contributing to training and education and skills; a Europe which is creative; and a Europe which contributes to world agendas, things like climate change for example. I am quite comfortable when we get here. As a Cultural Relations person, I do not mind whether this is Public Diplomacy or Cultural Relations: it is the right area to be in.

In terms of our policy then, there is the question of well, “Who do we work with?” or, if you are following the Public Diplomacy line, “Who do we do it to?”

These are our target audiences. We are quite good at this in the British Council actually. It is one of the things I think we have good systems for, and we define the people we work with quite precisely. Senior decision makers are the first group, and we work with about two hundred of those in Spain: ministers and university rectors, mayors of large cities and so on. We also work with a second group, of key influences who are really the partners that we know and love, about three thousand people perhaps, who are heads of university departments, directors of institutes, and so on. And we also work with a third group, of young people with potential. Apart from our very large Teaching Centres, we probably have contact with about eight hundred thousand Spanish young people one way or the other, every year.

So that is who we are working with. The question is, “Well what kind of people are these exactly?” The sectors we have traditionally worked in are Arts, Science and Society, Education and English Language Teaching. An interesting thing about the current spirit of the times, or the spirit of Public Diplomacy perhaps, is that we are tending to do less than we used to in the Arts. So, the thing previously most automatically associated with the word “culture” we are now doing less of. We are certainly now doing more than we used to in Society and in Science. Some of our best projects recently have been things like bringing together people from cities to address issues facing the City of the Future, or projects in Education and Immigration, for example, bringing together educationists who are addressing contemporary issues and problems.

The largest activity that we have—in Spain, at least—continues to be in Education and English Language Teaching. And the reason for that—the reason we do more of this than anything else—is essentially coming from Spain and our Spanish audiences. This is what people ask us for. To that extent, the profile of our activity is determined by our responsiveness to our host country.

I hope these few words were acceptable as a brief outline of some issues in Public Diplomacy and Cultural Relations. I think that the most important thing in what I have said, really, is the part about the kind of Europe that we are all working together to build. And certainly an Open, Competitive, Creative Europe is one we want to make a contribution to, along with many other people working in this direction.

In the end, the question was “What is the difference between Public Diplomacy and government messaging, on the one hand, and Cultural Relations and bringing people together, on the other?” Is this an esoteric debate which is only of interest to policy makers, or is it something of fundamental importance which will change the role of cultural relations institutes?

Whatever the answer to that question is, I think that what I personally believe in is that in building a culture for Europe, in working together to help build next-generation Europe, the important thing is the exchange of ideas and knowledge and experience which is of mutual benefit, and not simple messaging. The content of cultural exchange is not something we can leave in the hands of policymakers. It is individuals who in the end count. I think our Ambassador referred yesterday to “a rich and permanent dialogue”. That is what is important, and long may it continue.

EUROPA COMO PROYECTO CULTURAL

Dr. Jesús Prieto de Pedro

TITULAR DE LA CÁTEDRA ANDRÉS BELLO DE DERECHOS CULTURALES
DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III Y LA UNED

El título general del Foro habla de impulsores y euroescépticos. Parece que, de alguna manera, un título como éste nos estuviera requiriendo una toma de posición. Pues yo voy a confesarla sin más dilación, no soy euroescéptico sino que me siento impulsor, en concreto, un entusiasta de Europa como proyecto cultural. Creo que la Europa más auténtica y más trabada será aquella que —al igual que, según se dice, afirmó Jean Monet en el ocaso de su vida: «Si me dieran la oportunidad de comenzar de nuevo el proyecto europeo empezaría por la cultura»— sea capaz de hacer de lo cultural, de su diversidad y de su fondo cultural común, el factor más fuerte de su integración (más tarde volveré sobre la cuestión de las dimensiones de la integración). Eso sí, soy un entusiasta crítico, el hábito académico me impone no aceptar nunca acríticamente ninguno de los supuestos o planteamientos que asumo.

Querría empezar resaltando una primera reflexión y es que, aun con todos los avatares y claroscuros que presenta el proceso de construcción europea en las varias décadas que ya llevamos inmersos en él, creo que los mejores frutos que a lo largo de su historia ha producido Europa los estamos conociendo ahora nosotros. Estamos disfrutando la mejor oportunidad que ha tenido Europa de articularse, a partir de una decisión consciente, como unidad compleja; nos ha correspondido la suerte de asistir al momento especialísimo de ver

cómo se produce el brote de una autoconciencia de unidad gestada de un proceso dilatadísimo de maduración, porque, como recuerda Denis de Rougemont, Europa como realidad tiene treinta siglos de existencia. Y no está de más recordar ahora, en una reflexión de cultural como la presente, que en el origen de la voz Europa hay un mito, el mito de la bella princesa Europa que, raptada por el dios Zeus para llevarla a Creta, había soñado la noche anterior con otras tierras nuevas, las tierras de enfrente, el suelo del actual continente europeo. Es bello saber que el primer topónimo de Europa germina en un sueño en el seno de un mito.

Pero una cosa es una realidad multimilenaria y otra el ideal de unidad, que apenas abarca los últimos mil años. Lo nuevo ahora es que ese ideal irrealizado, por primera vez ha echado a andar, a dar los primeros pasos. Unos pasos que, por más que a veces nos quejemos porque desearíamos ver más energía y unas zancadas más largas y veloces, sin embargo, en estos cincuenta años transcurridos —un tiempo brevísimo para el reloj de la historia europea— han recorrido ya un gran trecho. Lo que no significa que este proyecto haya avanzado por igual en todas las direcciones y es precisamente sobre esto es sobre lo que quiero reflexionar, dado que el campo de la cultura es el que, ilógicamente, se ha quedado más retrasado. Y esto es una paradoja porque, en mi opinión personal, si el proyecto de unidad económica no ha embarrancado en el medio siglo que lleva de vida (tiempo este, por el contrario, muy largo para acuerdos sobre intereses volátiles como son los arreglos económicos y comerciales), ello se debe a que el edificio de Europa se cimenta en un sólido substrato cultural que es el precipitado de un enjambre de pueblos que, a lo largo de la historia, vienen interactuando y generando modos comunes y diversos de simbolizar. Substrato cultural que es esencialmente dinámico, esto es clave para la comprensión de Europa, pues culturalmente Europa no es un resultado, sino un proceso dinámico, un gran sistema vivo de diversidad. Por ello, cuando se habla de identidad europea, es preciso examinar cómo se concreta el concepto de identidad. La identidad europea sólo es concebible como una «unitas complex», como una unidad compleja. «Complex», en su acepción latina, significaba «aquello que se abraza o que se teje conjuntamente». Me parece que es la idea clave es entender la identidad europea como un proceso articulado de diversidad. Un proceso que pone en acción unos aportes culturales que,

como advierte Edgar Morin, no juegan tanto en relación de complementariedad como de interacción dialéctica. Entre ellos cabe destacar tres, Grecia, Roma y el cristianismo.

Grecia aporta las ideas de naturaleza, de libertad y de ciencia y, sobre todo, la impronta de la dialógica de la razón en duda permanente y que se autointerroga constantemente para avanzar; y aporta asimismo la polis como base de la democracia. Roma trae el derecho y la organización, algo fundamental para la estructuración institucional de Europa y trae asimismo una lengua múltiple, el latín, que fue capaz de engendrar numerosos vástagos en el conjunto de los pueblos europeos y que permanece como substrato lingüístico de una parte amplia del territorio europeo. Por último, encontramos el humanismo y el cristianismo que comparten el hecho de venir de fuera. Precisamente, el cristianismo se hará europeo en su choque con el islam y excitará la conciencia de ser europeos y es muy significativo que el uso del gentilicio los «europeos» aparezca datado por primera vez en un continuador anónimo de la Crónica de San Isidoro de Sevilla. El cristianismo impulsará grandes instituciones culturales como las universidades y difundirá en gran parte del solar europeo conocimientos y formas artísticas y arquitectónicas comunes.

Como decíamos, Europa, en el proceso emprendido, extrañamente no ha hecho de la cultura un objetivo explícito de integración. Los tratados fundacionales de los años cincuenta no toman en cuenta la cultura como una dimensión de la integración. Esta dimensión empezará a hacer acto de presencia por primera vez en 1992, en el artículo 128 del tratado de Maastricht —digo Maastricht porque este topónimo se encuentra en Lope de Vega—. Es sólo ahora cuando el concepto pleno de cultura aparece como objeto de una nueva política comunitaria. De hecho, en el artículo 30 del Tratado constitutivo de 1957 había una referencia específica al patrimonio cultural, con el objeto de crear una importante excepción —en general, poco advertida— al principio de libre circulación de bienes en beneficio de los pertenecientes al patrimonio histórico artístico. Pero el dato trascendente es que la primera vez que la cultura aparece como una política comunitaria autónoma —no como una circunstancia o un aspecto de otras políticas— y como un ámbito global es en el referido artículo 128, actualmente el artículo 151 del Tratado de Niza, que comienza así: «La Comunidad contribuirá al florecimiento de las culturas de

los Estados miembros, dentro del respeto de su diversidad nacional y regional, poniendo de relieve al mismo tiempo el patrimonio cultural común».

Estas consideraciones piden una breve reflexión sobre las dimensiones de la integración. Hay que decir «dimensiones» en plural porque los procesos de integración son poliedros con varias facetas, a saber, la económica, la política, la social y la cultural, con reglas de desenvolvimiento y funciones muy diferentes cada una de ellas. De hecho, no es concebible una integración que repose únicamente en la economía porque ésta agrega intereses que, por naturaleza, no son estables y que no penetran en el fondo de los valores que hacen comunidad. La integración política y la integración social son fundamentales, pues éstos sí son ya procesos de valores, de valores democráticos y de solidaridad. La integración política hace posible algo clave, el respeto de la libertad y la participación y control de las grandes decisiones en el ejercicio del poder. La dimensión social trae, a su vez, la cohesión y la solidaridad, factores sociales para hacer sociedad.

Pero nos falta un elemento de no menor importancia que los anteriores para lograr una auténtica integración, que es el de la cultura, cuyo objeto es hacer posible la integración de los valores simbólicos compartidos que constituyen las comunidades humanas. Porque en la cultura es donde están nuestros mitos, nuestros sueños, nuestras emociones, que son las que nos hacen remontar el vuelo, despegar del suelo.

No creo que en los procesos de integración tuviera sentido un manual que diga en qué orden tiene que activar dichas dimensiones. Debemos aceptar que hay muchas maneras diferentes de afrontar los procesos de integración y que cada región tiene que buscar su fórmula idónea, en la que deberá buscar afianzarse primero aquella dimensión o dimensiones que le resulten más factibles. Para la Europa de los años cincuenta, la dimensión que resultaba más fácil de lanzar era la económica y ello sin olvidar que ésta encerraba también un objetivo estratégico de fondo, neutralizar a Alemania ante posibles nuevos impulsos belicistas, por cuanto se le privaba de la soberanía sobre el carbón, el acero y la energía atómica, los factores clave entonces para ser una potencia militar. América Latina, por contra, no tendría que comenzar por la economía como Europa, sino que su proceso tendría que afirmarse a partir de la cultura. Ahora bien, todo proceso de integración, para ser efectivo, finalmente tendrá que

consumar la sucesiva incorporación de las restantes dimensiones y otorgarles la importancia que corresponde a cada una de ellas.

Afirmaba que Europa es, *de facto*, un sistema de diversidad cultural, un sistema de diversidad en el que todos esas aportaciones que hemos visto que traen Grecia, Roma y el cristianismo no se integran por yuxtaposición sino que juegan en relación dialéctica, lo cual es una fuente permanente de recreación. Cada uno de esos factores son como manchas de aceite que se mezclan, remezclan y funden en nódulos de densificación, lo que es causa de una enorme riqueza y variedad en este proceso europeo y, sobre todo, le dan un sesgo absolutamente dinámico como sistema de diversidad.

¿Qué debería hacer la UE a partir de esas consideraciones a favor de una defensa tan tajante sobre la importancia de la dimensión cultural? Gran parte de los euroescépticos sostiene que la cultura se desarrolla sola y que no precisa de acción pública. Otros piensan —pensamos— que no. Soy de los que creen que, a la hora de hacer balance, la ventaja «civilizacional» más clara de los Estados europeos ha sido su opción de hacer del desarrollo cultural y educativo un asunto público primordial.

Bucear en la etimología de la palabra cultura puede ser muy esclarecedor. Como es sabido, el concepto actual de cultura proviene de una trasgresión metafórica de la voz latina «colere», que significaba cultivo de la tierra, trasgresión que se formaliza a lo largo de los siglos XVIII y XIX. El concepto tiene, pues, cuna joven, a pesar de su éxito y extensión actual para las ciencias sociales y el lenguaje común. No deja de ser curioso que el nuevo uso haya llegado a desalojar a la agricultura de su nicho léxico originario obligándola a valerse de un sufijo ortopédico agri-cultura, para seguir designando su significado primero.

¿A dónde nos llevan estas consideraciones etimológicas? A algo muy interesante: que «colere», en esa acepción latina originaria, por la que significaba «cultivar la tierra», ya fue entonces un nuevo sentido que registró el tránsito, que es fundamental en la evolución humana, del hombre recolector pasivo de productos que le daba la tierra a un sujeto cultivador y promotor del desarrollo de la naturaleza. Y eso es lo que justifica el nacimiento de la palabra cultura en aquella primera acepción agrícola, como acción que describe el hecho de tomar las riendas de la producción de la naturaleza. Precisamente —y esto es la conclusión a la que nos interesaba arribar— es en esas mismas fuentes

semánticas —en ese mismo patrón conceptual— en el que ha bebido la actual aplicación de la palabra cultura. La cultura, por supuesto, existía antes de que los diccionarios acuñaran la voz, pero lo que aporta el nuevo uso metafórico de los siglos XVII y XVIII es el énfasis en su desarrollo como decisión humana.

Para verlo mejor, nos serviremos de dos grandes diccionarios históricos de la lengua francesa y de la lengua castellana. Uno de los grandes diccionarios históricos franceses, el *Dictionnaire Universel*, de Antoine Furetière, de 1690, registraba así la definición de cultura en aquel sentido agrícola originario: «Cuidado que se toma de hacer una tierra fértil por el trabajo, por el abono, de cultivar un árbol, una planta». Apenas treinta años después, nuestro maravilloso *Diccionario de autoridades*, el primer diccionario elaborado por la Real Academia de la Lengua, registra ya el salto a este segundo uso metafórico —ahora aplicado al espíritu— y dice: «Metafóricamente, es el cuidado y aplicación para que una cosa se perfeccione; como la enseñanza en un joven, para que pueda lucir su entendimiento». Aunque tengan objetos distintos, la coincidencia es clara, pues ambas definiciones concuerdan en que comportan acción positiva, impulso y dominio humano del objeto definido.

En efecto, nuestras sociedades europeas dieron realmente un salto de gigante cuando dejaron de ser meramente «recolectoras» de cultura y nuestros Estados se convirtieron en agentes de cultura y empezaron a considerar el desarrollo cultural un interés general y la protección y la garantía de los procesos culturales, de la libertad cultural, de la igualdad en el acceso a la cultura, etc., también un asunto prioritario y fundamental.

Como colofón, querría invocar este mismo papel proactivo para la Unión Europea en relación con la cultura. No entiendo por qué cuando ascendemos un peldaño por encima de los Estados tenemos que cambiar de registro y afirmar que la Unión Europea tiene que declinar de asumir responsabilidades sobre lo cultural escudándonos desde una interpretación exagerada del principio de subsidiariedad. La cultura, por todas las razones que hemos venido examinando y porque, en definitiva, bien dirigida posee la virtud de generar entendimiento, comunicación y encuentro debería ser un pilar de la construcción europea y, por ende, un ámbito privilegiado de las políticas comunitarias.

No voy a entrar en el comentario de los contenidos del artículo 151. Sólo me tomo un minuto para subrayar algunas líneas generales de trabajo.

La primera es que el gran objetivo de la UE debe ser la articulación de su sistema de pluralismo, que es la diversidad organizada y dotada de garantías jurídicas y derechos. El reconocimiento de la diversidad cultural y lingüística es la asunción de un hecho, pero ésta se transforma en un sistema de pluralismo cuando es investida de garantías jurídicas, derechos y de medidas de protección y promoción.

Una forma muy efectiva de contribuir a irradiar internamente la conciencia cultural europea sería la creación de Casas de Europa en las ciudades europeas más importantes, así como la creación, en los centros escolares, de aulas de Europa, donde se pudiera conocer y practicar esa riqueza que aporta la diversidad cultural europea.

Es muy importante, asimismo, que la UE contribuya, desde sus políticas culturales, a profundizar en algo que es una laudable aportación (tanto en modelo de administración cultural francesa como en el modelo anglosajón de *Arts Council*) de las legislaciones nacionales de los Estados europeos, que es la autonomía de la cultura a pesar de, y frente a, la acción pública. Que los poderes públicos asuman importantes responsabilidades en el desarrollo cultural no tiene que conllevar la consecuencia fatal de que controlen y dirijan la vida cultural. La autonomía de la cultura afirma un conjunto de técnicas y garantías (así, entre otras, la configuración de los procedimientos administrativos culturales como procedimientos en los que las decisiones y elecciones de valor se desplazan de forma vinculante desde la línea política o burocrática a los especialistas y expertos) que son esenciales para la libertad cultural de nuestras sociedades.

Por último, sería muy conveniente que las instituciones comunitarias asumieran una política cultural exterior más fuerte orientada al diálogo con otras culturas y a la puesta en valor hacia fuera de su diversidad cultural. A tal fin, sin perjuicio de otros cauces institucionales, sugeriríamos establecer una línea de colaboración entre la administración cultural comunitaria y las instituciones culturales que muchos países europeos poseen ya en el exterior (como son el British Council, el Instituto Italiano, la Alianza Francesa, el Instituto Cervantes...), desde las que podrían coadyuvar voluntariamente, en una parte de su actividad, al desarrollo de la política cultural europea exterior.

Muchas gracias.

T E R C E R A P O N E N C I A

LA ACCIÓN CULTURAL EN LA UE: PRESENTE Y FUTURO

D. Fernando Gómez Riesco

SUBDIRECTOR GENERAL DE COOPERACIÓN CULTURAL INTERNACIONAL
DEL MINISTERIO DE CULTURA

ANTES DE MAASTRICHT

Hasta la entrada en vigor del Tratado de Maastricht (1/11/93) la cultura no forma parte del contenido material del Tratado. Las referencias a la cultura en el Tratado de Roma se limitaban a los artículos 30 y 182. El primero supone una excepción a la libre circulación de mercancías en favor del «patrimonio artístico, histórico o arqueológico» y el segundo la consideración de los aspectos culturales en la relación con las antiguas colonias europeas.

Sin embargo, la preocupación por la cultura en el seno comunitario se remonta a 1969 (Cumbre de La Haya), vinculada a los nuevos temas que se abren paso progresivamente en el marco comunitario: la Europa social, la Europa de las regiones y la Europa de los ciudadanos. A partir de 1977 y hasta 1992 la Comisión Europea fomenta el debate con distintas comunicaciones sobre el impulso de la acción comunitaria en el sector cultural. De este debate surgirá la creación del Comité de Asuntos Culturales, como órgano auxiliar del Consejo, y la necesidad de incluir un capítulo específico en el Tratado relativo a la cultura, que permitiera superar los miedos que podría producir el tener que recurrir al artículo 308 para adoptar medidas de fomento a favor de la cultura.

DESPUÉS DE MAASTRICHT (EL MARCO VIGENTE)

El Tratado de Maastricht establece el marco vigente en lo que a la política cultural comunitaria se refiere, tanto en el contenido material como en el procedimiento de toma de decisiones.

El contenido material del artículo 151 del TCE

Los elementos que conforman el contenido cultural de este artículo, y que nos van a indicar el alcance del mismo, son los siguientes:

El primer apartado del artículo 151, que contiene tres mandatos: contribuir al florecimiento de las culturas de los Estados miembros, respetar la diversidad cultural nacional y regional y poner de relieve el patrimonio cultural común.

Lo primero, «contribuir al florecimiento», da una idea del carácter subsidiario de la intervención comunitaria, con lo que ello implica. La idea de «respeto» de la diversidad cultural significa que se impone un límite a la actividad comunitaria. Lo último, poner de «relieve el patrimonio cultural común», es el contrapeso de la diversidad. Es decir, además de respetar la diversidad, hay que dar relevancia a lo que es común a nuestra cultura europea.

El segundo apartado del artículo 151, que indica la doble función de la acción comunitaria y sus ámbitos de actuación: «favorecer la cooperación entre los Estados miembros» y «apoyar y completar la acción de éstos, si fuera necesario». Otra vez las limitaciones de la subsidiariedad. Los ámbitos de intervención de esta acción comunitaria se recogen en los cuatro apartados del artículo 151.2: «mejora del conocimiento y difusión de la cultura y la historia de los pueblos europeos, conservación y protección del patrimonio cultural de importancia europea, los intercambios culturales no comerciales y la creación artística y literaria, incluido el sector audiovisual». Aquí caben todos los sectores.

El tercer apartado del artículo 151, por el que se invita a la Comunidad y a los Estados a fomentar «la cooperación con los países terceros y con las organizaciones internacionales competentes en el ámbito de la cultura, especialmente con el Consejo de Europa». El fomento de la cooperación internacional es una constante en todas las políticas internas comunitarias. Ahora bien, en el caso de la cultura, el principio de subsidiariedad se aplica con mayor extensión, ya que el objeto de la acción cultural exterior es doble (la Comunidad y los Estados miembros).

El cuarto apartado que subraya el carácter transversal de la cultura en relación con otras acciones comunitarias. Se trata de que en la legislación comunitaria se tengan en cuenta los aspectos culturales, lo que no implica una obligación de resultado. Esta es una cuestión que se ha convertido en un elemento clave para el futuro de la acción cultural comunitaria. El decir que la Comunidad Europea deberá «tener en cuenta los aspectos culturales en su actuación en virtud de otras disposiciones del Tratado al objeto principalmente de respetar y promover la diversidad de sus culturas», supone reconocer el impacto de la cultura en la acción comunitaria. El problema es elevar este componente transversal de la cultura al nivel de otras políticas (empleo, formación, medio ambiente, protección al consumidor, etc.).

El procedimiento de toma de decisiones

El procedimiento legislativo que se establece en el artículo 151 (sólo para actos jurídicos típicos) es el de unanimidad y codecisión del Consejo con el Parlamento Europeo. Ello va a implicar que sacar adelante una iniciativa legislativa de la Comisión suponga un procedimiento de una duración de dos años, lo que da una idea de la dificultad de llegar a acuerdos.

El presupuesto

El presupuesto directo destinado a cultura es ínfimo. Baste con señalar que el programa «Cultura 2000» sólo tiene un presupuesto global (unos 167 millones de euros para cinco años) para toda Europa inferior al que obtiene España de los programas de educación y formación. En la extensión de este programa para los años 2005-2006, que acaba de proponer la Comisión en el Consejo de Ministros que tuvo lugar el 5 y 6 de mayo de 2003, se trata de una cifra promedio similar.

El resultado

El contenido del artículo 151, que es a la vez general y difuso, sin obligaciones de resultado, con un procedimiento legislativo muy complejo y difícil, las grandes limitaciones del principio de subsidiariedad y el escasísimo presupuesto nos dan una idea de la precariedad de la acción cultural comunitaria que se efectúa a través de las políticas culturales directas. Por ello, cuando se trata de

llevar a cabo acciones de cierto calado hay que recurrir a otra base jurídica, como es el caso del sector audiovisual (programa MEDIA) que se basa en el artículo 157 (industria) y no en el artículo 151 (cultura), o bien a otras políticas comunitarias, como los fondos estructurales (sobre todo el FEDER), y cooperación con otras regiones (América Latina, Mediterráneo).

A pesar de lo anterior, conviene citar tres programas/acciones que toman como punto de partida el artículo 151, que continuarán en el período 2007-2013.

«Cultura 2000». Es un programa marco que reagrupa la experiencia anterior (los programas RAFAEL, ARIANA y CALEIDOSCOPIO), demasiado compartimentada. Aquí sólo vamos a señalar tres aspectos. El primero de ellos es que ha tenido que ser reorientado varias veces (cambios sucesivos de prioridades) debido a que no ha funcionado de cara a las tendencias del mundo cultural europeo; el segundo se refiere a las dificultades de gestión por parte de la Comisión; y el tercero al insuficiente presupuesto, que hace que cada vez sean más los usuarios decepcionados. Este programa termina en 2006.

Capital cultural europea. Su objetivo es resaltar la riqueza y la diversidad y los rasgos comunes de las culturas europeas mediante la organización de un gran acontecimiento cultural, en duración y en acción. Aquí, el presupuesto comunitario es mínimo, lo que aporta la Comunidad es la «marca». Lo importante es que se pone en conjunción la acción de los operadores culturales, los patrocinadores privados y todas las administraciones culturales, lo que prueba —para bien y para mal— que se puede «hacer cultura» en Europa sin fondos comunitarios, pero siempre con la necesidad de la marca europea.

Programa MEDIA. Este programa ha supuesto cierto impulso a la circulación del cine europeo y a la formación de profesionales del sector. Sin embargo, el cine europeo sigue con los mismos problemas estructurales (falta de tejido industrial y falta de distribución; esto último debido a los oligopolios de Holliwood).

EL NUEVO CONTEXTO EUROPEO Y MUNDIAL

El contexto europeo está marcado por la ampliación de la Unión Europea, por lo que se denomina el proceso de Lisboa (cumbres de primavera) y por la experiencia derivada de la acción cultural comunitaria.

La ampliación, en relación con la cultura, puede tener efectos contradictorios. Por un lado, ante tal cúmulo de Estados (de momento, veinticinco), la cultura, tanto en sus elementos diversos como comunes, será un factor imprescindible de integración ciudadana, que será importantísima para que la Comunidad pueda gestionarse, y de alguna manera los nuevos programas culturales para el período 2007-2013 aumentan su presupuesto. Por otro, la Unión Europea se amplía con países que necesitan apoyo económico para que no haya grandes desfases de cohesión, lo que puede suponer que las políticas culturales comunitarias queden en situación todavía más precaria.

El proceso de Lisboa. En el Consejo Europeo de Lisboa (marzo del 2002) Europa se fijó un nuevo objetivo estratégico: hacer de Europa en 2010 la economía más competitiva del mundo y de mayor cohesión social. Para ello se establecen una serie de objetivos en determinados ámbitos que los países tendrán que alcanzar. Pero la cultura se queda fuera de este proceso. En el Consejo del 13 de noviembre, de ayer, se ha dado el primer paso serio para cambiar esta tendencia. Ya veremos si se llega a tiempo de incluir la cultura en la estrategia de Lisboa en el Consejo de primavera de 2007.

El resultado de la acción cultural comunitaria es, en cierto modo, insatisfactorio, como ya se ha visto. La cultura es una materia complementaria de apoyo. Y el proyecto de Constitución Europea lo contempla en idénticas condiciones.

El fracaso del proyecto constitucional europeo. Este hecho hace necesaria una reflexión profunda sobre el futuro de la UE que pasa básicamente por reforzar la participación ciudadana en todos los procesos europeos y por impulsar la (re) construcción europea sobre bases más amplias que las económicas, como es la identidad europea. Y la cultura constituye uno de los fundamentos integradores de Europa y representa una dimensión esencial a su ciudadanía.

Hay, por tanto, en este contexto elementos a favor de la acción cultural comunitaria: la estrategia de Lisboa y el refuerzo de la ciudadanía y de la identidad europea. Esperamos que se acaben imponiendo a los menos favorables.

El contexto mundial, aunque sea una simplificación, viene marcado por el proceso de globalización que, además de poner en evidencia la desigual redistribución de la riqueza, también ha puesto sobre la mesa los problemas que

afectan al reconocimiento de otras formas culturales y al respeto y protección de la diversidad cultural.

A pesar de que se acaba de dar un paso decisivo en el reconocimiento y respeto de esta diversidad y en el esfuerzo por lograr un mayor equilibrio en el terreno cultural, en la 33.^a Conferencia General de la UNESCO (otoño de 2005), uno de los riesgos en el mundo globalizado de hoy es la incomprensión entre culturas por los efectos negativos que conlleva. Evitar esas tensiones y problemas hace necesario asumir como esencial el diálogo e intercambio entre culturas.

Es decir, el contexto mundial también es favorable al hecho de que la cultura ocupe un lugar importante.

EL FUTURO

De acuerdo con lo anterior hay base —y esperanzas— para que la cultura ocupe un puesto en Europa que todavía no tiene. Y ello porque cubre, entre otras, cuatro necesidades actuales de la Unión Europea, en su interior y en relación con otras regiones del mundo:

- Porque es el medio para impulsar una ciudadanía europea activa y motivada en el fomento de la identidad y construcción europeas.
- Porque es necesario respetar y proteger la rica diversidad cultural de Europa y del mundo en general.
- Porque la cultura puede efectuar una gran aportación a la sociedad del conocimiento mediante la digitalización del material cultural, que así sería accesible a la ciudadanía.
- Porque la cultura es un factor cada vez más importante de crecimiento y de cohesión social por su contribución a la economía y al empleo.

Ahora bien, la manera de desarrollar estos cuatro elementos no es a través del tratado de la Comunidad Europea o de la futura —si llega a tener lugar— Constitución europea, puesto que la cultura es considerada como una mera materia complementaria, de apoyo, sino de la estrategia/agenda/proceso de Lisboa, que podría colmar las insuficiencias que presenta el Tratado. La estrategia de Lisboa se presenta hoy, junto con el procedimiento intergubernamental para determinadas acciones y la voluntad de tener en cuenta la cultura en los acuerdos de cooperación con terceros, como las únicas vías de futuro para el progreso de la acción cultural.

Así, la cultura podría pasar a ser el cuarto pilar de la Agenda de Lisboa, junto con el económico, el medioambiental y el social. Esta pretensión la acaban de confirmar, ayer mismo, los ministros de Cultura en el Consejo de la UE. Ya veremos si esto prospera en el correspondiente Consejo Europeo.

En segundo lugar, mediante el procedimiento intergubernamental, se prevé que los ministros de Cultura de Europa (no todos) acuerden el 25 de mayo de 2007 crear una categoría de Patrimonio Europeo, por lo que los sitios y monumentos que guarden relación con la historia y la identidad europea adquirirán esa condición y formen parte de una lista de patrimonio europeo.

Finalmente habría que incluir la dimensión cultural en la agenda de las negociaciones internacionales y en los acuerdos de la UE con terceros. De este modo, la cultura podrá afrontar más credibilidad en las relaciones internacionales de la Unión Europea.

4ª SESIÓN

INDUSTRIAS CULTURALES EN LA UE:
PRENSA ESCRITA Y EMPRESAS EDITORAS

INTRODUCTOR Y MODERADOR

D. Carlos Alberdi

I N T R O D U C C I Ó N

D. Carlos Alberdi

DIRECTOR GENERAL DE COOPERACIÓN Y COMUNICACIÓN CULTURAL
DEL MINISTERIO DE CULTURA

Vamos a hablar de las industrias culturales en la UE, ciñéndonos a prensa escrita y empresas editoras. Realmente, por lo menos en los libros usuales de cultura, las empresas editoras —las editoriales de libros— son una industria cultural. Sin embargo, cuando hablamos de prensa escrita, normalmente los textos sobre industrias culturales no incluyen la prensa escrita. Está claro y de hecho en España es muy común que haya bastante contacto entre ambas actividades y, en algunos casos, realmente una conexión especialmente estrecha porque son, como dicen ahora, actividades con muchas sinergias.

Y verán, cuando les presente a mis compañeros de mesa, que el tiempo, no tanto el tiempo hacia delante sólo sino también hacia atrás, que este mundo de la prensa escrita, de las empresas editoras, es un mundo también, como es lógico, muy relacionado con la comunicación y muy relacionado con la comunicación audiovisual. De tal manera que, en definitiva, esta mesa y las personas que la componen están ligadas al mundo de la comunicación y muy especialmente de la comunicación y las relaciones internacionales y, en concreto, a las relaciones entre España y el Reino Unido.

MORE EUROPE

Ms. Elizabeth Nash

CORRESPONSAL DE *THE INDEPENDENT*

I have found two flourishing examples of a desire for what we might call “more Europe”, while working in Madrid for the *Independent* newspaper. I’m talking about popular culture, from the ground up.

One aspect, I discovered while covering the referendum for the ill-fated European Constitution in February last year. This was a curious, contradictory thing in which two quite different processes were going on at the same time, one underneath the other, like cross-currents beneath the surface of the ocean. The superficial trend was that of popular indifference and political manoeuvring—in which you will remember, opposition politicians campaigned in favour of the constitution, but half heartedly, wary of endorsing a pro-European government.

But beneath that cynical upper layer, I found a deep, instinctive pro-Europeanism amongst everyone I spoke to on the street. My newspaper, which has from the outset been strongly pro-European, was just establishing itself in the pioneering format of the quality tabloid. We’d gone smaller, but we sought to keep our broadsheet standards. What better way to cover a typically broadsheet story in a populist tabloid way than to go out and talk to ordinary Spaniards about what Europe meant to them.

You will remember that Spain, which rushed to be first to call a referendum, was in danger of looking foolish in Europe if Spaniards voted against the

charter or didn't vote at all. So in the closing days of a campaign, Mr Zapatero threw off any pretence that the vote was about a document drawn up by an elderly French nobleman, then foisted upon Spaniards for their unquestioning approval.

With the eyes of Europe upon him, his political reputation at stake, Zapatero appealed to his compatriots' broader commitment to the European ideal. "This is a historic opportunity that comes just once or twice in a lifetime. To vote, and vote 'yes' will strengthen Spain's voice in Europe," he urged.

Don't worry about the small print, his message ran. Consider the wider importance of a united Europe. "The constitution sets the seal on Europe's commitment to peace and freedom: that means a lot to a country that knows war and dictatorship. We were so long unable to vote, to decide for ourselves."

I spent the morning of the referendum strolling round old Madrid, that part of the city still carrying the imprint of a Central European empire, and I talked to people at the polling stations and in the bars taking their lunchtime *aperitivo*. I found they had quite a sophisticated understanding of the difference between being part of the European community, the family of European nations, and signing up to this remote and abstract document. They disapproved of the treaty, but they didn't disapprove of Europe. They were quite clear about the distinction.

I found almost no euro-scepticism among Spaniards. No one wanted out. Even those who, like the left-wing leader of the no-campaign, Gaspar Llamazares, condemned the remoteness of Brussels institutions, didn't want to walk away. They wanted to draw closer.

Voters told me they thought it was good for countries to unite to form a bigger force in the world, particularly against the US. Some said they would vote yes to the referendum because of that wider European ideal. Some said they would vote no because the constitution was a cramped, waffly thing that didn't go far enough. One young man pointed out that citizens' rights guaranteed in the Brussels document fell far short of those enshrined in Spain's own constitution. Why, he asked me, should we sign up to less than we already have?

Another young voter disapproved not only of the constitution but of the EU itself because it promoted the liberal free-market principles he hated. He

favoured a Europe of social solidarity. Others argued for a blank vote as a mute protest against a document that was simply irrelevant to their daily lives.

Zapatero shrewdly grasped the distinction, this dual discourse, being played out here. He even dared to compare this lamentable document with Spain's own practical, lucid, literate, constitution in an attempt to close the gap. "I was just 18 when I voted for the first time, for our democratic constitution in 1978 that gave us the best years our country has known. I'm convinced we'll be proud in the future to have voted this time."

It was skilful stuff, jogging the national memory that joining Europe 20 years ago set the seal on Spanish democracy, guaranteed its modernity, its international acceptance, and provided a comfort zone comparable to motherhood and tortilla de patatas. It's the opposite of that trend in Britain that ranges from the pragmatic through the suspicious to the sceptical.

Even conservatives, like the man I met who said Brussels sought to deny Europe's Christian values, admitted it was none the less a club everyone wanted to join. I was impressed, as I always am when I get out of the office and corridors and on to the pavements, to find how articulate Spaniards are. And they all have an opinion.

What I tapped into that morning was more than a political mood. It was a feeling of cultural identity. Part of a social awareness of being European. And it's blossomed out of all recognition in the 10 years I've been in Spain. I remember the EU summit in Madrid in 1995 shortly after I'd arrived. Its main purpose was to agree on a common currency, and give it a name. After much squabbling, haggling behind the scenes, and with the real prospect that the whole initiative would fizzle out, Europe's leaders settled on the dullest, least contentious, most obvious name they could think of. The Euro. We groaned. What sort of name was that to inspire the dream of monetary union?

How wrong we cynical journalists were. The euro brought us instantly closer together. Spaniards embraced the euro. Against expectations they cottoned on immediately. They were thrilled and fascinated when euros from other countries turned up in their small change. "It's so much easier to travel, we can cross frontiers almost without noticing," said one of those Sunday morning voters. Anyone who has landed in another European city and fumbled in their purse for the same coins they use at home to buy a newspaper knows this feeling.

Another put it more poetically: “We have common cultural links that bind us together, we share the same scene of events past, present and future. We Spaniards who were cut off from Europe for so long, find we can get on well as neighbours, and we realise we have an affinity with each other.” They were voting for that Europe of human exchange and communication.

One lady, a nurse, said for her it was very simple: when countries are divided they are weak, when they are united they are strong.

None of these people had any illusions about the document before them. One said they’d barely glanced at it, another ploughed all the way through and dismissed it as boring and intangible. Another found it too much trouble to read; she was tired of politics. But they felt European, they loved the open frontiers, the common currency and chance for contacts with citizens of other countries, working with other Europeans. It was like an adventure for them, a discovery, almost a romance.

“Europe has meant good things for us, it’s feeling of family. You travel through Europe and realise you have things in common.” And behind all this was the darker fear, the fear of being left outside, unprotected from what greater powers might inflict on a relatively small country trying to go it alone. Or cut off from ideas and developments sweeping past their frontiers.

My point is that these feelings form part of our cultural fabric, and not just for those who consider ourselves educated, who speak languages or who’ve lived abroad. This pro-Europeanism springs from people’s experience and their ideals and desires for the future. Cheap flights are spearheading a cultural vanguard that’s advancing more rapidly than many of those in power realise.

But there is another cultural impetus for “more Europe” that I’ve come across while doing my job in Madrid. That’s the increasing Europeanisation of the written word, especially the novel. When *The Independent* started 20 years ago it sponsored what it called a Foreign Fiction Prize, offering a prize of 10,000 pounds every year for the best novel translated from another language into English. The prize is divided equally between the winning author and the translator. The aim was not only to bring foreign fiction to British readers, but to honour the undervalued work of the translator. The idea lapsed for lack of funds, but in 2001 it revived, with help from the Arts Council, and the paper now considers it an important event in the literary calendar.

Prizes have gone not just to European novels. But European winners and shortlisted works have taken flight and become British best sellers. The winner in 2003 was Javier Cercas's *Soldiers of Salamis*. The newspaper has thrown its enthusiasm behind Cercas's follow up *The Speed of Light*. The author was in London recently to promote it. Jose Saramago was shortlisted before the Nobel prize committee spotted him. Carlos Zafon's *Shadow of the Wind* was another blockbuster recommended not only by *The Independent*, but by the bookclub of a television chatshow. Who could imagine that a daytime gossip programme would urge its viewers to read a chunky novel by a foreign author about the legacy of civil war?

This is a cultural flowering. My books editor, Boyd Tonkin, who championed the Foreign Fiction Prize, often sends me English translations of Spanish books to review in the paper. He sent me Almudena Grandes's *The Wind from the West* (Los Aires Dificiles), which prompted me to read other works of hers that I was ashamed not to have read sooner. Then I received Dulce Chacon's *The Sleeping Voice* (La Voz Dormida), another magnificent literary evocation of the Franco years. And now Nada, by the great Carmen Laforet, written in 1945 and amazingly never before translated into English.

British readers can't get enough of them. I've seen how books by Spanish writers have become blockbusters read on the tube or by the swimming pool. True, we are talking more of Arturo Perez Reverte than Javier Marias. But reading a foreign novel in English is today no big deal, much less so than 10 years ago. It doesn't mark you out as highbrow. It's commonplace. It's part of a thirst for European culture that British publishers are belatedly responding to. The writer and journalist Manuel Rivas has just produced a thumping novel of 600 pages. It's being translated into English as we speak, not from Spanish, but the original Gallego, by Jonathan Dunne. The Europeanisation of the novel has lifted the profile of the translator, hitherto a shadowy anonymous figure, to someone who can become a name him or herself. Margaret Jull Costa, or Lucia Graves crop up hand in hand with Spanish and Portuguese novels we're becoming increasingly at home with.

But there's a hazard here, which has to do with the English language. Britons probably feel more culturally at home in Europe than in America—from which, as Bernard Shaw said, we are divided by a common language.

But Spanish language novels are often translated into English by Americans, with unhappy results.

The British publisher sent me a proof copy of *Nada*, and I found an unrecognisable Barcelona that was swept by breezes from the ocean, and whose streets were lined with plantains. The American translator had made her name translating Gabriel García Márquez and other Latin American authors. I barely needed to consult the original to realise that the words “mar” and “plátano” had been translated into American, making the text alien and wrong to British eyes.

As a European I felt adrift in my own continent. I wrote a memo to the publisher, who promised corrections would be made. This should never have happened. But it proves that we Europeans have more in common than we think, even when we don't share a language. We recognise likenesses, common references. Even when that experience is foreign—how many young British readers recognise the agony of civil war, or the frozen Franco years?—we register it as part of our common European history, our cultural heritage.

Unfortunately, we English are increasingly a monoglot nation. Some years back, the Spanish, German and Italian ambassadors in London gave an interview to *The Independent* in which they condemned our shameful ignorance of other languages. They knew we would support them. The paper accordingly blazed off a leading article entitled “The Ambassadors are right. The British approach to languages is hopeless.” That was in 2002. Things have worsened since then, as numbers of those studying languages at secondary school and university have plummeted.

At my school French was compulsory, and you had to take either German or Latin. I was allocated Latin, with the result that when I went to live in Vienna years later I was completely at a loss and could find my way out of the train terminal only when I spotted the magic word “taxi”.

The philosophy behind the Foreign Fiction Prize is that literary translation can stimulate language learning, even while our politicians try to squash it. To grasp another way of life in the direct, hands-on form of a good novel can kindle a desire and curiosity that goes way beyond the practical need to get out of the railway station. It offers a conveyor belt for cultural exchange. The translated word invites outsiders into the home of another culture. And with cheap

flights we can physically be there within hours. Book clubs, into which foreign language novels in translation have slotted without fuss, have transformed the reading landscape of Britain. A friend of mine told me recently that his book-club was reading Cervantes' *Exemplary Stories*.

This is another aspect of what I see as a culture of “more Europe”, and it springs from the ground up. It's not imposed by arm-twisting by a remote bureaucracy. Britons, like Spaniards, don't like receiving instructions from the top. We won't be told what to do. Officials dreaming up sophisticated euro-initiatives may wring their hands about public indifference to their labours. But at ground level, at the level of human contact, in my experience, we Europeans are curious about each other, we reach out to connect, and celebrate our similarities and differences.

EUROPA, SIN MEDIOS EUROPEOS

D. Andrés Ortega

EDITORIALISTA Y COLUMNISTA DE EL PAÍS

DIRECTOR DE FOREIGN POLICY EDICIÓN ESPAÑOLA

Hablamos en unos momentos difíciles, en que la Europa política está flácida, hay una crisis de liderazgo, la ampliación se ha hecho mal y la profundización está mal planteada. El resultado ha sido el «no» de franceses y holandeses al Tratado Constitucional Europeo (cuya ratificación ha dejado en suspenso el Tribunal Constitucional alemán). Todos esperan a las elecciones francesas, pero detrás están los obstáculos de británicos, suecos, polacos y otros, por lo que habrá que buscar otra salida que esta Constitución.

Desde un principio Europa se está construyendo sin medios de comunicación propiamente europeos. Es, en parte, reflejo de lo que es esta Unión Europea, y también puede ser causa de algunos problemas, porque no se contribuye así a hacer una sociedad civil europea —no digamos ya un pueblo— sobre la que se base un proyecto político. Los medios de comunicación, históricamente, han contribuido a hacer sociedad civil, a hacer país. En este caso, estamos ante otro paradigma. Como la democracia europea carece de un *demos* sobre el que construirse, los medios europeos tampoco pueden crecer sobre esa inexistente *constituency*.

Los medios europeos siguen siendo esencialmente nacionales. Una excepción puede ser el diario *Financial Times*, o un semanario como *The Economist*, no por casualidad ambos en inglés (aunque el *FT* tenga una edición en alemán).

Pero son medios que responden a una élite transnacional. Dentro de la prensa escrita, otro candidato sería el *International Herald Tribune*, que es un medio... americano. Como lo es la CNN en televisión de noticias 24 horas, aunque ahora compite esencialmente con la BBC a escala global en inglés y pronto, en la misma lengua, con Al Jazira. No cito Euronews, pues no me parece que tenga el calado suficiente. Al menos, aún.

Aunque otros medios escritos —ya no cabe decir sólo impresos, pues todos tienen versiones digitales que van más allá de lo que aparece en papel— puedan optar a esta definición de «europeos», chocan con la barrera del idioma, pues en la vida europea baja el francés y sube el inglés, un fenómeno que empezó no con la entrada del Reino Unido e Irlanda, sino de Suecia y Finlandia, y que se ha acrecentado con las últimas ampliaciones al Este.

Incluso en televisión, lo que ocurre es sintomático. No hay ningún programa europeo, que realmente compita con los nacionales. Aunque sí hay formatos de programas que se repiten, con gran éxito, en casi todos los países europeos y más allá, como *Gran Hermano*. Pero, por ejemplo, hay pocas series de un país europeo que triunfen en otros.

Dicho esto, el nacimiento de medios europeos es algo absolutamente necesario para la construcción europea. Son un elemento esencial para impulsar el desarrollo de la ciudadanía europea, concepto que España logró introducir en el Tratado de Maastricht, pero que no puede imponerse desde arriba. La ciudadanía europea, idea en buena parte desatendida, que no resulta demasiado atractiva en algunos países *eurometicentes*, es opuesta a la de los clanes, debe surgir desde abajo. Los medios de comunicación resultan esenciales a la hora de expresarla e impulsarla. Eso es lo que lleva a *hacer sociedad europea*. Es lo que puede darle el alma que le falta a Europa. Significa ir construyendo, o favoreciendo, un espacio cívico europeo y una ciudadanía europea, si se logra desarrollar y perfeccionar este último concepto.

Añadiré otro hecho: el de los medios de comunicación de las poblaciones inmigradas, que son parte de esta Europa. Siempre ha habido, especialmente en el Reino Unido, publicaciones para estas comunidades. Ahora estas poblaciones pueden recibir por satélite, por no hablar de lo que se puede hacer a través de Internet, sus programas y emisoras favoritas. Para una gran parte de los inmigrantes de habla árabe, como para una gran parte de las sociedades árabes,

su principal fuentes de noticias es Al Jazira. Es lo que en otras ocasiones he llamado «la globalización de las diferencias».

Naturalmente, hacer sociedad significa también que la Unión Europea se ocupe de los problemas más inmediatos que tienen los ciudadanos europeos, siempre que la UE funcione al respecto mejor que otras autoridades de nivel más bajo. Los medios pueden y deben contribuir a impulsar estos debates crear ese necesario espacio público europeo, incluso una inteligencia colectiva, aspiración que se puede ver facilitada por las tecnologías de la información. Claro está, la «ciudadanía no puede dejar de ser crítica», como ha escrito Joseph Weiler. La presión de los medios, como contrapoder, con capacidad de información y opinión, es crucial. Pero la información europea se hace demasiado a menudo desde un prisma nacional, desde la visión de los intereses nacionales, aunque discretamente se va imponiendo —incluso en el Reino Unido— otra visión más Europea para que la UE funcione.

Ahora bien, aunque no hay medios de comunicación europeos, están surgiendo unas redes de medios europeos, de modo paralelo a la forma en que Europa no se constituye en un Estado, sino en un sistema-red, además de empresas europeas y de participaciones en grupos mediáticos. Puede, sin embargo, haber un límite a las cooperaciones que fije el dominio de los idiomas.

Me permitirán que lo ilustre hablando de *El País* y del Grupo Prisa que represento.

El País nació con una vocación claramente europeísta. En cuanto a contenidos sobre el debate europeo, *El País* siempre se ha volcado en ellos. De tener un corresponsal en Bruselas hemos pasado a una delegación con tres. Aunque en la información europea, sobre la UE, hay que contar ya con las capitales y los servicios especializados. Hay, junto al problemas de los idiomas ya mencionado, también otro de conocimientos de culturas. En el fondo, como sociedad, al menos en España pero también en otros países, desconocemos a los nuevos miembros.

Un problema es que no hay verdadero debate en los medios sobre Europa, tras el parón del Tratado Constitucional en Francia y en los Países Bajos. Los medios, especialmente los escritos, y aún más los impresos, que pueden tener más profundidad, podrían haber llenado el vacío que han dejado en estos largos meses los gobiernos. No lo han hecho. ¿Por qué? Porque la iniciativa la llevan aún los gobiernos, no la sociedad civil.

Tampoco favorece el hecho de que los medios impresos tradicionales en Europa estén perdiendo lectores debido a tres factores fundamentales: por una parte, los diarios en la Red (aunque nadie sabe aún cómo hacer verdaderamente negocio de eso). En segundo lugar porque las nuevas generaciones leen menos periódicos (y ven menos la televisión) y se informan por otros canales, incluida la Red. Y tercero, porque los diarios gratuitos también están haciendo mella sobre el mercado. El propio concepto mismo de lo que constituye un medio de comunicación de masas cambia: Google lo es. YouTube, también. Incluso el teléfono móvil y los SMS. En el referéndum francés, estos medios alternativos desempeñaron un papel importante en la promoción del *no*.

Como periódico, *El País* se imprime en Italia, Alemania y Bélgica (además de México D.F. y Buenos Aires en América Latina), lo que nos permite estar presentes por la mañana en las grandes ciudades de Europa occidental.

Además, la versión en red —que también se aplica a la radio o a la televisión— hace que cualquiera en cualquier lugar en Europa o del mundo pueda leer *El País*, y casi cualquier otro periódico.

El País empezó construyendo una relación en red con otros periódicos europeos, como *The Independent*, *Le Monde* y *La Repubblica*, con esquemas de cooperación más estrecha y recursos compartidos. Podemos publicar cada uno lo que llevan los demás. Salvo en algún caso esporádico, aún no se ha llegado a noticias o reportajes conjuntos, pero hacia eso se avanza.

Últimamente PRISA ha entrado de manera importante en el accionariado de *Le Monde* (más el 15% en *Le Monde et Partenaire Associé*, y con el 11% de *Presse Europe Régions*, que entre otras cosas tiene la cabecera de *Midi Libre*), y ha hecho una inversión importante en Portugal (en el Grupo Media Capital en Portugal).

De hecho, salvando las distancias con otros grupos más presentes en revistas y otras publicaciones, podemos decir que es un grupo que aspira a tener una dimensión europea, a pesar en Europa, como parte de su globalización. Aunque aún pequeño en comparación con otros gigantes, PRISA aspira a ser, de hecho es, un grupo global. En América Latina, con la editorial Santillana, estamos presentes en veintidós países. En radio, cuyo centro es Unión Radio, en México, Colombia, Bolivia, Argentina, y además hemos lanzado el Grupo Latino de Radiodifusión con sede en Miami.

Como ha ocurrido con otras empresas españolas, ha tenido una «globalización latinoamericana», que sigue, pero que también ahora le permite también europeizarse como empresa. Aunque quizás, para muchas empresas y actividades, Europa se ha quedado estrecha ante la globalización.

Este es un grupo dinámico que gira en torno a tres actividades —educación, información y entretenimiento—. Y que se basa en cuatro grandes áreas: prensa, libros, radio y televisión (esta última con la Cuatro CNN+ en español, como marcas referenciales de informativos, y Digital+). En este sentido tiene un verdadero alcance cultural.

Termino con una reflexión. La dimensión global, incluso la europea, y hasta cierto punto la nacional, tiene algunos límites. La información que los ciudadanos, que los habitantes de una ciudad, necesitan es en un 90% local. Sólo el 10% viene de fuera. Incluso algunos expertos proyectan que en unos años la mayor parte del tráfico de información en Internet será local. Puede que no resulte positivo para la información y la profundización de la identidad europea.

Como dice Zygmunt Bauman, la «presencia europea» es cada vez menos visible, quizás porque mucho esté ya en nuestro entorno como algo natural, como algo dado. Sí ha conseguido un diálogo entre idiomas y culturas, incluidas culturas jurídicas. Y el hecho de que haya sido un programa —Erasmus— más que una política el que más ha contribuido a hacer Europa, debería llevar también a reflexionar sobre la mejor manera de hacer más Europa.

T E R C E R A P O N E N C I A

CAN CULTURE BE AN INDUSTRY?
CONFLICTS, CROSS-FERTILISATION AND COMPARISONS
IN BRITAIN AND SPAIN

Mr. Giles Tremlett

CORRESPONSAL DE *THE GUARDIAN* Y DE *THE ECONOMIST*

I was fascinated to find that I had been invited to participate in a talk on the so-called ‘industrias culturales’, precisely because the two terms, ‘industry’—which I take to mean ‘business’—and ‘culture’ do not always rub along well.

In fact the very terms ‘culture’ and ‘business’ often seem to be, if not contradictory, then, at least, a conjunction of two very different concepts. Business, of course, is about making money. In purely business terms, however, culture is often—in the sense that it does not provide financial gain—a waste of money.

Culture, on the other hand, likes to think that it inhabits a higher plane than business. It peers down at the vulgar world of money, and turns up its nose.

This friction may be somewhat absurd, but it something that exists almost everywhere. It shows up in different ways in different countries, but neither Spain nor Britain can claim to be above the fray. Comparing the examples of how newspapers in each country deal with the apparent contradiction between culture and business sheds some light on the issue.

Above all, however, it provides relief to both sides. For while we each—the British and Spanish—do worse on some things, we also have the satisfaction

of doing better on others. And whatever we do badly, we can always improve on by learning from the other's example.

In this context, the first thing to ask oneself about newspapers is, are they really culture? Is this—ours—a cultural industry? Already, here, we bump into a glaring difference between Spain and Britain.

I think Spanish journalists, and newspaper readers, would have no trouble giving a resounding 'Sí' to that question. To them it seems obvious that, as part of the community of the written word, they are part of Spain's cultural landscape.

British journalists, however, have a tougher time. Are tabloids like *The Sun* and *Daily Mirror*—which together sell five million copies a day and account for almost a third of daily newspaper sales—in the business of culture? And what about the mid-market dailies like the *Daily Mail* or *The Express*? It is pretty difficult to see how *The Sun's* Page 3 girl, or their modern equivalents, elevates Britain's cultural level. If we were to define culture with a small 'c' rather than a large one, however, we would probably have to accept her as a more accurate symbol of popular British culture than the supposedly highbrow pages of *The Guardian*, *The Independent* or the *Financial Times*.

But the problem does not end there, for I suspect few newspaper executives or journalists at these last three newspapers would ever define themselves as belonging to a cultural industry. Newspapers, in Britain, are about news. Journalists and newspaper executives define themselves, and their products, in terms of the news they print. Amongst other things this reflects the harsh reality of the news room—where the sections devoted to culture are not only the smallest part of the operation, but are often to be found in the most far flung corner of the room. The culture section's offerings are, if anything, seen as icing on a cake that is, essentially, baked by people devoted—in heart and soul—to gathering and writing news.

This does not mean, however, that the newspaper printed every morning in Britain is that different a product to the one produced by Spanish journalists. The difference, I suspect, is one of self-regard. Newspapers simply ARE part of culture in Spain. They are not, except in a minor sense, in Britain. This may be partly due to the fact that Spanish daily newspapers are, in relative terms, elitist. With one in ten Spaniards buying a newspaper every day, against

one in four Britons, they are obviously consumed by the more literate sector of the population.

John Hooper, in his book *The New Spaniards*, which was updated and republished earlier this month, put his finger on another reason why Spanish newspapers remain relatively elitist. Spanish journalists come, traditionally, from journalism schools at universities. They are, in other words, graduates—and therefore members of an elite themselves. Journalism courses are, however, a fairly recent addition to British universities. In fact the minimum qualifications necessary for journalists of my generation were five O levels—the equivalent of the Spanish ESO (CH)—and a thick skin. And before we laugh at that, I should point out that some of the best journalists I have come across are, precisely, those who never went to university. I can think, for example, of one diplomatic correspondent at a British quality newspaper—who is also a regular presenter of programmes on CNN—who fits that category.

Most newspapers do, of course, contain some pure culture. They have their review pages, their book supplements and, where the story is juicy enough or the photograph exciting enough, culture also makes it onto the news pages. *The Guardian* has even invited artists to help design the newspaper—though the result when Tracy Emin (CHY) joined the newsroom for a day provoked a deluge of complaints from our readers. It is not a good idea, we discovered, to let a notoriously bad-mouthed, if very famous, artist insult one of Britain's best-loved television presenters by writing the words 'Fuck Cilla Black' in large letters on the front cover of the features section.

Putting the business hat on, though, we should ask ourselves whether these culture pages pay their way. A hard-nosed newspaper executive finds him (or her)self asking: "Do articles on ballet, opera or literature make my newspaper (or my newspaper owner) any richer? Do they attract advertising?

Do they attract readers?"

I suspect that the answer to the former is "hardly", while the answer to the latter is "some, but not that many".

So why should newspapers have culture pages at all? That is a difficult question to answer. British newspaper executives here start using ill-defined jargon words like "balance" or "the mix". I suspect their Spanish counterparts, lucky people, are not obliged to justify the space they give to culture in quite the same

way. If a newspaper is considered part of the culture industry, there can—after all—be little argument about it needing to carry culture in its pages.

British newspapers, perhaps inevitably, carry less culture than their Spanish counterparts (though I say this on the basis of unscientific observation). They have also been forced to come up with a few interesting concepts aimed at making these pages pay their way. These include, for example, book clubs and on-line book stores which sell the novels and non-fiction titles that are reviewed by the newspaper. *The Observer*, meanwhile, has floated off its Music section into a monthly magazine, which garners colourful display advertising for the much-prized youth market. A separate film magazine is in the works.

Of course one way to make your culture pages pay is to use them to sell your own books or films. This you can do if, like *El País*, *El Mundo*, *The Times* or *The Guardian*, your parent company has its own publishing or film production branch.

I know many Spanish newspaper readers suspect—and not, I think, without reason—that review pages are used to boost their own products. This is a dangerous course to take. I know many people, for example, who are not natural ABC readers who buy it once a week for its review section. This is precisely because Vocento is not a major publisher—and therefore is deemed to have a fairer reviewing policy.

Pushing your own literary produce is probably more flagrant in Spain—but not entirely absent from Britain. *The Guardian* itself famously had a case recently where a senior columnist, who had—under a pseudonym—written a Dan Browne style thriller designed to tap into the Da Vinci code market, managed to get a negative review pulled. In the finest traditions of British journalism, however, the reviewer then took the same piece to *The Times*—where it was gleefully splashed onto the culture pages, while diary writers across Fleet Street had a field day. The bad review and bad publicity did little damage to the book, however. This seems to have stayed in the top thirty almost since publication several months ago and is currently selling more than 9,000 copies a week.

I only wish I had the same clout at *The Guardian*. This March I published a book in Britain called *Ghosts of Spain*. It is a non-fiction book that, amongst other things, looks at modern Spain's relationship to—and problems with—it

own history. When publication day came around, I decided to respect the Chinese walls that are meant to separate the newspaper's journalists from its reviewers. It was only later that I discovered that the review section had, unwittingly I presume, employed a literary rival who was preparing a book on almost exactly the same subject matter to review it. My rival, I am glad to say, was not too harsh on me. Nor, however, was he nearly as nice as other critics.

To cap it all, I got even worse treatment from my other employer—*The Economist*. This refused to review *Ghosts of Spain* at all. In this case, however, I do at least know that I was treated the same as everybody else who writes for the magazine—the draconian house policy at *The Economist* is that books written by staff and correspondents simply do not get reviewed.

And that goes for the editor's own books as well.

If British newspapers find it difficult to make culture pay, they might care to look at what their Spanish counterparts are doing. For these have discovered a way in which culture really can make a difference to the accounting books.

One sad truth about newspapers is that there is plenty of evidence that culture does attract readers—but only if they feel they are getting it for free or, at the very least, on the cheap.

That is the conclusion one has to draw when one looks at the huge success of cultural products when they are used as promotional tools—with the distribution, either for free or for an additional payment, of books, DVDs and music CDs alongside newspapers.

Spanish newspapers, however, have found that their readers are prepared to pay hard cash for these cultural offerings. *El País*, *El Mundo* and *ABC*, for example, make a handsome profit out of those collectable series that are so effectively distributed alongside their normal daily newspaper.

These can be series of Spanish films, like those run at least twice by *El País*; they can be series of books—all of which I have seen run by the three big dailies; or they can be historical series like *El Mundo*'s recent civil war history. And that is before we go into the numerous encyclopaedias, atlases and other products that turn the back pages of some dailies into a jigsaw puzzle of cuttable-outtable coupons. Readers buy them because they are usually considerably cheaper than the same products are sold for in shops.

This is a considerable bonus for Spanish newspapers. Promotions—which admittedly include everything from china dishes to DVD players—account for some 280 million euros of income a year, or more than a fifth of that provided by, for example, sales or advertising.

These promotions also bring their headaches, though. I once politely asked a Spanish newspaper lawyer whether he found it fascinating dealing with libel cases. His glum answer was that he wished he had more of them—as he actually spent much of his time dealing with readers complaining about the collectables they had been buying off the paper.

British newspapers can learn some lessons from their Spanish counterparts here—because our readers don't seem prepared to shell out a single penny for cultural extras. In fact, the opposite is true. In Britain films, novels and educational posters—to give just three examples—are used purely as promotional material to boost sales. In other words, readers are only interested in them if they are given away. This may help add extra readers on the give-away, freebie days, but the economics of cost versus benefits does not always work.

I am told, for example, that *The Observer* finds that giving away DVDs—often a necessary defensive tactic when other Sunday newspapers are doing the same—can be quite depressing. A free film can, at exactly the same time, increase both readers and losses. The awful logic of the situation is that the DVDs are so expensive that the more readers you gain—and the more DVDs you give away—the greater the cost is and, so, the greater the losses on that particular Sunday are. It is depressing enough for journalists to see that it is the give-aways, rather than their own writing, that boost sales. It is even worse for morale, however, when word goes around the news room that last week's sales-boosting film has actually just increased the paper's red numbers.

I'd like to finish off by pointing out one reason why, within the British press, *The Guardian* probably has more room to play with culture than others. This has to do with *The Guardian* group's unique status amongst British dailies as part of an independent trust, rather than a listed or private company.

The Scott Trust's stated purpose, and I quote textually, is: "To secure the financial and editorial independence of *The Guardian* in perpetuity: as a quality national newspaper without party affiliation; remaining faithful to liberal

Can culture be an industry?...

tradition; as a profit-seeking enterprise managed in an efficient and cost-effective manner.”

The trust’s purpose, therefore, is to publish *The Guardian*, though it is also encouraged to operate—and make money—as a wider, business-orientated media group. This, essentially, provides *The Guardian* with a generous financial safety net—in the form of the profits from the other publications belonging to the group. That is why *Guardian* journalists are ever-thankful for the presence of highly-profitable *Autotrader* magazine which is devoted to the buying and selling of cars—in *The Guardian* group portfolio.

Belonging to a trust provides *The Guardian* with a certain degree of protection from the sometimes harsh world of business. I would like to think that, in this case, by belonging slightly less to the world of industry it also allows us to be belong slightly more to the world of culture.

LA PRENSA ESCRITA EN EL DEBATE
DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

D. Santiago Alonso Paniagua

CONSEJERO DELEGADO DE ABC. GRUPO VOCENTO

El sueño de Konrad Adenauer de crear una gran nación europea parece que terminará siendo una realidad, aunque a lo largo de los últimos años han aparecido dificultades que han entorpecido el objetivo.

Probablemente, la percepción de la Unión Europea como una idea puramente liberal asociada a movimientos económicos puede haber dificultado el proceso de construcción desde una perspectiva política, social y cultural.

Pero con el paso del tiempo todos los que vivimos en la vieja Europa vamos percibiendo que, además de la mejora de la economía, es necesario alcanzar una posición más determinante e influyente en el concierto mundial, que permita a los europeos constituirnos en una verdadera alternativa a la supremacía de los norteamericanos y antes que otras potentes sociedades emergentes se anticipen y terminen relegando nuestros propios valores occidentales y nuestro concepto de convivencia democrática.

Cuando los políticos diseñan sus estrategias de desarrollo de la Unión Europea han tenido muy presente que la prensa juega un papel fundamental en la promoción y difusión de los principales valores que definen nuestro sistema de vida, esto es, la libertad, la dignidad del ser humano, la solidaridad, la igualdad de oportunidades. Pero, demasiadas veces, los medios de comunicación no hemos respondido a las expectativas creadas y no hemos sabido

fomentar ese verdadero sentido de pertenencia a un proyecto de esta envergadura.

La labor de los medios en general, y de la prensa escrita en particular, es esencial en un proceso como el que nos ocupa. En este sentido es interesante reflexionar sobre las consecuencias que tiene la diferente influencia que la prensa ejerce sobre sus ciudadanos en los diferentes países de la Unión Europea, influencia que se mide por los índices de lectura registrados en cada uno de ellos.

Existe una relación directa entre estos índices en un país concreto (determinados por razones histórico-culturales e incluso geográficas) y la posición más o menos activa de sus ciudadanos, el nivel de concienciación, de debate y apego o rechazo que desarrollan respecto al sentimiento de pertenencia a una unidad supranacional.

La integración de países como, por ejemplo, Polonia, con una prensa fuerte (a destacar la labor de un diario tan influyente como la gaceta *Wyborcza*), es más rápida y exitosa que la que se produce o producirá con otros miembros actuales o futuros con unos niveles bajos de presencia de los diarios en la vida cotidiana de sus ciudadanos, tales como Grecia, o próximamente Rumania o Bulgaria.

La prensa que mejor ha entendido las ventajas de una Europa fuerte y unida ha sido la especializada en economía y empresa. Siempre ha visto en las instituciones europeas un apoyo a la libre circulación de capitales y al desarrollo de medidas para impedir centralismos y proteccionismos nacionales innecesarios, que alteran las reglas del mercado y que tanto daño han hecho al crecimiento de la economía europea y su competitividad.

En temas tan recientes y todavía vivos como la opa de EON a Endesa o las restricciones del gobierno italiano al proyecto de fusión de Abertis y Autoestrade, sus posiciones, en general, han sido claras. Puede que hayan venido condicionadas, en parte, por los intereses nacionales en juego, pero se ha puesto sobre la mesa el debate fundamental, y si es el germen de un estado de ánimo más favorable hacia las posiciones del mercado único, bienvenido sea.

La contribución al proceso de construcción europea de los medios en España ha tenido algunos momentos muy visibles y altamente positivos, por ejemplo, el apoyo sin fisuras a las políticas emprendidas por el primer gobierno de

José María Aznar para cumplir con los criterios de convergencia hacia la unidad monetaria.

En este caso concreto, la crisis económica que se vivía en España hizo entender a los medios que era necesario un importante esfuerzo para no perder el tren del futuro y de los aceleradores de la modernidad.

La prensa se puso a la cabeza, explicó profusamente que España no podía dejar pasar la oportunidad. La sensación al repasar las portadas y los editoriales de aquellos días es que todo el sueño europeo era ampliamente respaldado por los medios y por los ciudadanos españoles.

Sin embargo hay otros ejemplos, también en España, en los que la prensa no ha tenido posiciones tan unánimes y ha liderado movimientos de desapego o de escaso entusiasmo, de los que terminan derivándose resultados indeseados (y no sólo en España), como la escasa participación electoral alcanzada en los comicios europeos y, más recientemente, en el referéndum para la aprobación de la Constitución Europea, donde apenas un 40% de la población expresó su opinión al respecto. En esta ocasión, con buena parte de la prensa ya inmersa en una profunda batalla, los detalles de las informaciones se centraban más en su valoración global (ya fuese ésta positiva o negativa) que en una labor pedagógica de descripción valorativa sobre los contenidos y sus repercusiones prácticas en la vida diaria de los españoles. Y de los europeos.

En numerosas ocasiones la información y el debate se centraban más en los perfiles políticos y de posicionamiento de los autores de la elaboración de este texto (con alusiones directas a la influencia de Valery Giscard) que en las necesidades y ventajas o inconvenientes para el futuro de la sociedad.

Todo esto me lleva a introducir el tema central de esta intervención.

Está produciéndose un fenómeno en la primera década del siglo XXI que tiene una gran trascendencia para nuestra sociedad en general y, desde luego, para el buen fin de un gran proyecto de convivencia y de futuro como es la Unión Europea.

Este fenómeno es la crisis de la prensa escrita, que todavía hoy, al menos la considerada «prensa de calidad», pasa por ser una de las herramientas culturales y de comunicación más ricas de cuantas existen, y seguramente será difícil, al menos a mí me lo parece, que los nuevos medios que están surgiendo con

indudable éxito sean capaces en un futuro próximo de sustituir la labor que hoy desempeña el diario en toda Europa.

Quiero hacer una distinción muy clara entre la prensa escrita de calidad y la «otra». La definida como amarilla, la sensacionalista, la que enmascara los índices de lectura de algunos importantes países con sus millonarias cifras de circulación. Es necesario hacer la distinción, y quiero señalar que a esta prensa no es a la que me voy a referir, porque, entre otras cosas, a esta prensa la considero muy lejos del proyecto europeo, dado que, personalmente, la considero profundamente antieuropea e hipernacionalista y, desde luego, la calificación de herramienta cultural y de comunicación rica entre los pueblos no va precisamente con ella. Todo ello dicho, sin menoscabo de su significación e importancia tanto para sus editores como para sus lectores.

Hecha esta distinción, prosigo: la prensa escrita está aquejada de varios males, pero que resumiría básicamente en dos. El primero es que está inmersa en una crisis de credibilidad. El segundo se deriva de la aparición de nuevas fuentes de información y comunicación, que aparentemente, al menos hoy, pueden satisfacer las necesidades de una sociedad que vive a un ritmo endemoniado y donde el *fast news* convive con el *fast food*.

Mientras más rápido se dan las noticias y las informaciones, más fácil es desatender el rigor y las mínimas exigencias de la ética periodística, entre otras cosas, porque es igual de fácil poner la noticia como su rectificación.

En los últimos tiempos muchos observadores están prediciendo el fin de los diarios en papel tal como hoy en día llegan a nuestras manos, por problemas medioambientales de la industria del papel (Steven Ross, gurú del periodismo *online*), o porque las potencialidades de los desarrollos tecnológicos permitirán soportes alternativos manteniendo estructuras de los diarios muy similares (Bill Gates), o porque nuestros hijos no están familiarizados con la lectura de periódicos impresos, o porque el reparto de los ingresos que tradicionalmente han sostenido la industria no dará, ante la aparición de tantos soportes alternativos, para sostener unas cuentas de resultados que cada día serán más exiguas.

Pero el mayor problema que, en mi opinión, representa la principal amenaza para la «prensa escrita de calidad», es, precisamente, que deje de ser «de calidad». Estamos asistiendo a una crisis de credibilidad sin antecedentes (quizás por la presión de la competencia de otros nuevos soportes).

El pasado 2 de noviembre en las páginas de ABC Valentí Puig citaba a Robert Kaplan cuando establecía una comparación entre los periodistas de hoy y los sacerdotes del antiguo Egipto, los retóricos de la Grecia y la Roma clásicas o los teólogos de la Europa medieval. Los periodistas, decía, hoy tienen un poder auténtico, terriblemente magnificado por la tecnología, sin casi nunca ser responsables de lo que preconizan. Tal libertad es la clave de su poder irresponsable. Y a continuación citaba casos recientes de fraudes periodísticos sonados, perpetrados por reporteros que inventan escándalos, trucan fotografías, deforman investigaciones y, en fin, aquellos que por puro miedo personal se aferran a la consigna: «Que la verdad no te malogre una buena historia».

Y esto potenciado porque, como decía Susan Sontag (*Ante el dolor de los demás*), «estamos en una cultura en la que la conmoción se ha convertido en la principal fuente de valor y estímulo del consumo». Y (siguiendo con Kapuscinski) el mundo comprendió que la información es un gran negocio..., que la verdad no es importante y que ni siquiera la lucha política es importante; que lo que cuenta es que cuanto más espectacular es la información, más dinero podemos ganar con ella («los cínicos no sirven para este oficio», Ryszard Kapuscinski).

El periodismo espectáculo convierte el gran reporterismo en una farsa, a menudo provocando o interviniendo la realidad, otras veces siendo cómplice de inconfesables a cambio de una buena historia o una buena imagen (Juan Varela).

«El periodista es alguien que debe decir la verdad y difundir la información necesaria para el autogobierno del pueblo» (Jack Fuller exdirector y editor del *Chicago Tribune*).

El periodismo debe ser un vigilante del poder, no su aliado. Está para alimentar el debate público no para manipularlo ni condicionarlo (Juan Varela).

Los grandes medios, los mejores medios, tienen en estos principios su gran patrimonio y su línea de supervivencia. Es difícil, todavía hoy, imaginar que las nuevas alternativas que surgen y se desarrollan, y fundamentalmente el denominado Periodismo 3.0, serán capaces de aportar suficiente credibilidad, por su propia naturaleza, por la falta de control de los contenidos, por su subjetividad y por su estilo.

Por lo tanto es necesario señalar que una de las pocas ventajas que tiene o tendrá el periodismo tradicional sobre el nuevo periodismo va a estar precisamente en la capacidad que tenga de garantizar credibilidad puesta al servicio de la verdad y de la independencia de los grupos de poder.

Siendo plenamente conscientes de que determinados espacios hoy casi monopolizados por la prensa tradicional o por sus periodistas serán cubiertos, socializados, adelantados, etc., por ese nuevo periodismo social, que en definitiva representa un cambio de poder, la pérdida de soberanía o de «control exclusivo» de los periodistas y un desafío a la objetividad.

La gente anónima se ha implantado en la información y en la opinión. Miles de ciudadanos cada día escriben en tiempo real lo que pasa en su entorno y opina en tiempo real, produciendo un proceso de socialización informativa que cuestiona la autoridad de los medios clásicos.

Desde éstos, hay que responder con la diferencia, hay que descubrir y poner en valor el hecho diferencial, eliminando recelos respecto a la falta de independencia, eliminando errores, falta de profundidad, de recursos, etc., evitando el sectarismo, volviendo al trabajo de investigación y reporterismo y la proximidad a la sociedad con la que el profesional tiene que reencontrarse y evitando los lazos entre poderes y medios.

Y por supuesto, dar voz a los lectores... Si algo podemos aprender de los nuevos medios, esto es —sin duda— la doble dirección de la comunicación. Cuando los receptores han tenido la oportunidad proporcionada por los medios de convertirse en emisores, lo han hecho. Y esto nos obliga a abrirles las puertas más de lo que lo habíamos hecho hasta ahora. No perder nuestra autonomía y profesionalidad, pero sí acercarnos a la opinión pública con enorme respeto.

El exceso de información y la natural incapacidad del receptor de llegar a asimilarla toda, nos da la oportunidad a los medios de seleccionar la buena de la mala, la fiable de la no fiable y entregar la mejor y más completa visión del mundo que nos rodea.

El otro gran grupo de problemas se sitúa en el entorno de la industria en sí misma.

Según el informe *The State of News Media 2006* elaborado por el Project for Excellence in Journalism, una de las principales asociaciones profesionales

norteamericanas, se identifican seis grandes tendencias en el periodismo y los medios:

- Más medios cubren, como máximo, la misma información.
 - Tradicionales:
 - Prensa, radio, televisión.
 - Nuevos:
 - Gratuitos.
 - Red.
 - Móviles.
 - TDT.
- Los grandes diarios metropolitanos se defienden peor que los grandes y los locales:
 - Calidad (grandes) (más medios, más dimensión, más recursos).
 - Cercanía y utilidad (locales).
- La batalla entre la visión idealista y economicista, se recrudece.
 - La necesidad de cubrir los objetivos de rentabilidad en un mundo más despersonalizado y vigilado por analistas financieros y grandes fondos de inversión.
 - Compite en demasiadas ocasiones con la necesidad de realizar apuestas por la calidad.
- Los grandes medios caminan hacia nuevas formas y herramientas de producción y consumo.
- Aparecen nuevos competidores que son meros agregadores de información (buscadores, portales) y telecos, que convergen con creadores de contenidos y se convierten en medios.
- Incertidumbre sobre el tiempo en el que el periodismo digital sea capaz de soportar la inversión en recursos para conseguir una buena información.

En resumen, la prensa diaria tradicional, de pago, ha perdido, según Juan Varela:

- Exclusividad.
- Monopolio informativo (en mercados locales y regionales aparecen alternativas y gratuitas).

- Cercanía: las conexiones con el poder y las fuentes enfrían la relación con el lector.
- Cotidianidad: leer cada día ya no es un ritual. Comprarlos, menos.
- Marca, todavía una fortaleza de los grandes diarios, ¿por cuánto?
Y su modelo económico se siente seriamente amenazado.

Mientras debe seguir invirtiendo en calidad periodística, tal como vengo señalando, la proliferación de alternativas, hacen que los ingresos se reduzcan, tanto los derivados de la venta por precio del ejemplar como de la publicidad que padece dos efectos:

- Hay más soportes entre los que distribuir la inversión de los anunciantes.
- El número de lectores será menor y su perfil será más exclusivo, lo que llevará a planificaciones publicitarias más segmentadas.

¿CUÁL ES EL HORIZONTE?

Reivindico:

- Que los elementos de diferenciación editorial que la prensa de calidad (real) puede seguir aportando, apoyados en la solidez de las marcas más tradicionales y fiables, constituyen una ventaja competitiva fundamental y, seguramente suficiente, para la permanencia de los diarios de pago mejor implantados.
- Que la supervivencia de estos medios es imprescindible para el fortalecimiento de las instituciones, para el debate social público y riguroso y, en definitiva, para facilitar la ingente tarea de construir, en nuestro caso, una Europa sólida, democrática, culta, liberal, unida y consistente capaz de afrontar el futuro con las suficientes dosis de esperanza. Permítanme que reivindique el papel del auténtico periodismo como vehículo para el transporte de cualquier idea.
- Que los grupos mediáticos propietarios de periódicos tradicionales, como Vocento, conocen que al mismo tiempo que defienden la viabilidad y la sostenibilidad de la prensa tradicional, ya sea nacional o regional, deben intensificar su ambición editorial, poniéndose al frente de las nuevas tendencias, desarrollando las sensibilidades hacia las nuevas fórmulas de comunicación, facilitando sinergias que potencian la calidad,

el valor informativo, la información propia y diferenciada en cualquier soporte. Todo ello desde una visión de negocio rentable que tiene en cuenta las nuevas circunstancias que concurren y que necesariamente implicarán ajustes en las estructuras de costes garantizando los recursos necesarios para el modelo.

Tal y como defendía hace pocos días el director de *The Economist*, John Micklethwait, en las páginas de ABC, los medios constituyen un ejemplo fantástico de la globalización, ya que están en todas partes y si concebimos el mundo como un mercado global, siempre habrá gente en cualquier lugar del planeta interesado en el periodismo serio y riguroso, que es la característica esencial y tradicional de la prensa diaria escrita, que, estoy seguro, le queda aún un largo recorrido.

SESIÓN DE CLAUSURA

EUROPA EN LA CIVILIZACIÓN SIN FRONTERAS

D. Juan Durán-Loriga

EMBAJADOR DE ESPAÑA

Quien les habla no tiene credenciales académicas para ello. Soy simplemente un diplomático jubilado que encaneció en el Oriente Medio y tiene cierta experiencia política y cultural europea.

Me sentí federalista en mi lejana juventud, cuando el ideal democrático y el europeo nos parecían una misma cosa. Creíamos además que, al ser Europa diversa y permeable, no podían ponerse fronteras a su dimensión cultural.

Me resulta difícil aceptar que nuestro continente pueda encerrarse en el desdén y el recelo. Una Europa ensimismada dejaría de ser Europa. Porque una de las características más nobles y fecundas de los europeos es interesarse por los que no lo son. Quiero recordar aquí a los viajeros, exploradores y sabios británicos que, acaso impulsados por la insularidad, tanto hicieron por conocer y estudiar otras gentes y otras tierras, lo que abrió paso al respeto y a la amistad.

No estamos ante una colisión ideológica y teológica de civilizaciones. No se debe transformar la defensa contra el terrorismo islamista en un encastillamiento hostil que alentaría viejos resentimientos y avivaría el rescoldo fanático. También sería contraproducente que la admisión de injusticias y errores occidentales se convirtiese en palinodia permanente.

Las divergencias religiosas, de las que tenemos los europeos sangrientas experiencias internas, no implican necesariamente antagonismos esenciales.

El mundo árabe forma parte, con su propia identidad, de nuestra misma civilización, nacida en las riberas asiáticas, africanas y europeas del *Mare Nostrum*. Compartimos los valores éticos fundamentales y muchas características antropológicas que tomamos por arábigas forman parte del acervo común mediterráneo.

Por grandes que sean las tensiones políticas y por muy lejanas que se vean las soluciones es necesario mantener abiertos los vasos comunicantes culturales, ahora que se entra en una nueva fase de la relación de Occidente con el resto del mundo.

En efecto. El pronóstico norteamericano de establecer en Mesopotamia un régimen ejemplar desde el que se iniciaría la democratización general del Oriente Medio ha tenido resultados contrarios a los deseados. Con la llegada al poder en Iraq de los mahometanos mayoritarios se iniciaron unas muy cruentas luchas civiles y se abrió la perspectiva de una hegemonía chií que podría alcanzar desde el mar Caspio al Mediterráneo. Aumentó el terrorismo y los fundamentalistas radicales ganaron aceptación creciente, más o menos pasiva, tanto en los países musulmanes como entre los emigrantes establecidos en Europa. Se volvió a combatir en el Líbano y se interrumpieron las conversaciones para la paz en Palestina.

La victoria electoral demócrata y el propósito del presidente de no empeñarse en el error y buscar un acuerdo con las nuevas mayorías parlamentarias respecto a Iraq han abierto esperanzas de corrección de un panorama tan negro. Se ve el final de la aventura iraquí. Podría haber un mejor entendimiento de Washington con sus aliados europeos. Los Estados Unidos renunciarán al papel de misioneros armados de la democracia.

Se produce la muy triste paradoja de que los estados amigos de Occidente adoptan formas y métodos autocráticos contrarios a nuestros principios. Mientras que si nos complacen con elecciones libres las ganan, como sucedió en Argelia, los fundamentalistas hostiles a Occidente. Lo que no deja más alternativa a Washington que archivar utopías wilsonianas. Se había olvidado que el presidente Bush fue elegido con un programa aislacionista y que criticó los intentos de *nation building* de su predecesor Clinton. Fueron los ataques terroristas contra Nueva York y Washington, cuyo tremendo impacto sobre el pueblo americano no hemos sabido calibrar en esta orilla del Atlántico, los que forzaron respuestas más emocionales que meditadas.

Se trata ahora para los Estados Unidos y para sus aliados de ejercer fuera de sus fronteras, sin ilusiones catequísticas, una *Realpolitik* ilustrada y generosa que sea complementada por la multiplicación de los trasvases culturales.

Haré a continuación ligeras referencias a la penetración mutua, dentro de la civilización mediterránea, de la corriente occidental y la islámica, entrecruzadas por la Historia para bien y para mal.

En la dilatadísima coexistencia con intermitencias bélicas que llamamos Reconquista fueron frecuentes las alianzas guerreras de moros y cristianos. Y hubo muy fecundas influencias recíprocas de las que puede servir de símbolo la iglesia de San Miguel de Escalada, junto a León, construida por cristianos huidos de la persecución que sufrían en Córdoba. Aquellos mozárabes, vencido el rencor por la nostalgia, hicieron de su templo una réplica a pequeña escala de la gran mezquita cordobesa.

A pesar de su superioridad en muchos terrenos, el islam árabe medieval, cuya importante aportación a Europa nos recordó ayer el profesor Elliott, herido por sus divisiones internas, quedó oscurecido al capturarlo, en el sentido fluvial del término, el maremoto otomano. Los turcos, aunque adoptaron la fe mahometana y asumieron el califato, llegaron hasta los muros de Viena por un impulso que procedía más del Asia Central que de La Meca.

Ésta pudo ser una de las causas, junto a la rigidez de las interpretaciones teocráticas del Alcorán, del estancamiento de una cultura que había dado tantas pruebas de dinamismo y de capacidad evolutiva.

Del lado cristiano, por el contrario, el absolutismo teocrático fue erosionado por los embates sucesivos del Renacimiento, de la Reforma, de las revoluciones anglosajonas, de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Lo que no impidió graves abusos coloniales ni la subsistencia de tendencias fundamentalistas.

Los árabes, que parecían dormir al margen de la Historia, iniciaron a mediados del siglo XIX su despertar en el que la influencia occidental jugó un papel decisivo pero no siempre positivo.

Misioneros protestantes fundaron en el Líbano en 1847 la Universidad Americana, donde aleccionaron a sus alumnos sobre la emancipación de los pueblos. Beirut fue la cuna del nacionalismo árabe, noción ajena al islam e incompatible con el califato ejercido por el sultán otomano.

Sin entrar a detallar hechos conocidísimos de la presencia colonial europea en el África del Norte y el Oriente Medio, conviene recordar que Palestina fue una tierra *dos veces prometida*, a los hachemitas para que se alzasen contra el Turco en la Gran Guerra y a los judíos por la Declaración Balfour. Los árabes se consideraron engañados, lo que es una de las causas de la situación que hoy vivimos.

Los nacionalistas árabes nacientes, cuyos primeros dirigentes eran cristianos, buscaron su fundamento, como los europeos, en la Historia y en la lengua más que en la religión. Surgieron diversos estados con fronteras arbitrarias y población heterogénea. Hubo intentos unitarios que en general fallaron.

Miraron hacia el oeste y hacia el norte en busca de fórmulas políticas que les permitiesen modernizarse y progresar. La democracia liberal no cuajó, a pesar de que el talento verbal árabe produjo grandes parlamentarios. Las minorías ilustradas no compensaban el bajo desarrollo general. Entró en juego, como en Occidente, la corrupción. Se extendió, como en Occidente también, el recurso a pronunciamientos militares.

Tratan más tarde de adoptar, adaptándolo, el socialismo europeo. El cristiano Michel Aflak crea el partido Baaz, que en versiones dictatoriales, pretorianas y enfrentadas llega a gobernar en Damasco y hasta muy recientemente en Bagdad.

El resentimiento contra el apoyo occidental a Israel llevó a algunos países árabes a aproximarse a la Unión Soviética, lo que fracasó igualmente por la total incompatibilidad del comunismo con el islam y por la dificultad moscovita para entender la idiosincrasia mediterránea de estos pueblos del Oriente.

Fracasada la adopción de modelos políticos y económicos europeos, humillados los árabes por las sucesivas intervenciones occidentales y sin solución el litigio palestino, se abren camino doctrinas coránicas cuya aplicación política parecía en retroceso y que se combinan con los residuos del nacionalismo importado de Occidente. Entran en juego grupos fanáticos que siguen precedentes terroristas europeos y americanos, y llegan al monstruoso asesinato de personas inocentes por procedimientos cuya eficacia letal se debe al empleo de avances técnicos occidentales.

Voy acabando. Hay entre los árabes, y no sólo entre los que son musulmanes, un sentimiento generalizado de que han sido agraviados históricamente

por Europa, lo que se simboliza en la evocación de las Cruzadas y que es agravado por los efectos del problema palestino. A lo que se añaden el legítimo orgullo y por un pasado glorioso y la melancolía por su brevedad. Todo ello lo azusan los extremistas. No se tienen en cuenta intervenciones favorables, como la de los Estados Unidos y sus aliados en la antigua Yugoslavia al tomar partido armado, con éxito, por los musulmanes bosnios y kosovares contra sus enemigos cristianos.

Paralelamente a su acción pacificadora, la Unión Europea puede contribuir a atenuar este clima y a preparar el terreno para una futura concordia si incluye en su proyectado diálogo intercultural programas estrictamente culturales de intercambio con las ciudades e instituciones del Oriente Medio y el norte de África para profundizar el conocimiento mutuo al margen de los avatares políticos. Programas que dejen de lado a quienes entre nosotros prefieren una Europa provinciana y alienten a quienes en el mundo árabe desean ahondar las afinidades con Occidente sin abandonar su propia identidad.

FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

PUBLICACIONES

Monografías de los Foros Hispano Británicos

La incorporación de las Indias al mundo Occidental en el siglo XVI (I Foro, 1999)

Iberoamérica y la crisis económica mundial: una perspectiva hispano británica
(II Foro, 1999)

Desarrollo sostenible, medio ambiente y patrimonio cultural (III Foro, 1999)

Empresa, cultura y medios de comunicación: el desafío de las nuevas tecnologías
(IV Foro, 2000)

La gestión del Patrimonio Histórico (V Foro, 2001)

Los Museos Públicos en el siglo XXI (VI Foro, 2002)

Arquitectura, espacio urbano y calidad de vida (VII Foro, 2003)

La cultura en el turismo (VIII Foro, 2004)

La cultura y el fenómeno migratorio actual (IX Foro, 2005)

Otras publicaciones

La alianza de dos monarquías: Wellington en España (1988)

Cuatro reinas hispano británicas en la baja Edad Media «Poker de Reinas»,

D. Fernando de Ybarra y López-Dóriga, Maqués de Arriluce de Ybarra (1995)

La historia de dos Monarquías: seis siglos de relaciones hispano británicas, D. Pedro Schwartz (1996)

Reflexiones de un peregrino anglo-español. Homenaje a Sir John Elliot (1996)



Fundación Hispano Británica

La Fundación Hispano Británica es una fundación privada con arreglo a la Ley 30/1994 de 24 de noviembre, recogida por Orden Ministerial de 26 de junio de 1988 (BOE 21.07.88) e inscrita en el Registro de Fundaciones Culturales del Protectorado de Fundaciones del Ministerio de Cultura, y con CIF G78101722.

Una producción de

© FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

Avda. Pío XII, 92 28036 Madrid

Tel.: 91 345 63 44

flb@kingsgroup.org

Diseño: María José Subiela Bernat

Impresión: YELTES, S.A.

Impreso en España. Printed in Spain